

Sancha: Reina de la Hispania

Antonia Bueno

Preludio

Estamos en León, 1808, la heladora noche de Diciembre en que un grupo de soldados franceses profanan San Isidoro, vaciando las tumbas reales del Panteón de los Reyes y danzando con sus huesos en una zarabanda infernal.

En medio de la escena, un sepulcro. Las almas de los reyes leoneses reposan en sus lechos de piedra su sueño secular. De repente, un estrépito atruena el paisaje. El espacio va poblándose de gritos en francés, relinchos de caballos, risotadas, pisotones de botas militares y arrastrar de losas. Algún retazo deshilachado de «La Marsellesa», entrecortado por eructos beodos.

Un crepitar de llamas nos permite vislumbrar a retazos intermitentes el deambular fantasmagórico de las figuras de los soldados, que realizan la macabra danza con los esqueletos.

Un SOLDADO vestido de uniforme napoleónico irrumpe en el Panteón y descubre el sepulcro. Lo abre y rebusca en su interior. Extrae una corona medieval que mira con codicia.

SOLDADO FRANCÉS.- *¡Le roi est mort! ¡Vive le roi!* (Se autocorona, riéndose estrepitosamente.)

(Las almas de los reyes leoneses gimen invadiendo con sus ecos los rincones del Panteón. El SOLDADO desaparece entre risotadas. Las tinieblas envuelven piadosamente el sacrilegio.)

Escena I

Las agustinas

El griterío va dando paso a un silencio ensordecedor. Un CORO de agustinas, encabezadas por la superiora del convento, hace su entrada al modo hierático de la antigua tragedia ática. Portan cirios de Adviento, que van iluminando el espacio. Amanece. La gran luminosidad de la fría mañana de Diciembre, a causa de la nieve caída durante toda la noche, se alza majestuosa sobre la luz de los cirios, haciéndose cada vez más cegadora, envolviendo los cánticos y los cuerpos de las agustinas, que salmodian los salmos de Adviento y se lamentan por la barbarie acontecida.

CORIFEEO.- ¡Ojalá rasgases el cielo y bajases!

CORO.- ¡Ojalá rasgases!

¡Ojalá bajases!

CORIFEEO.- ¡Oh, Dios, que brille tu rostro y nos salve!

CORO.- ¡Oh, Dios brillante!

¡Oh, Dios tonante!

CORIFEEO.- ¡Oh, si rompieras los cielos y descendieras!

Tú también verterías lágrimas de dolor.

Tú también te mesarías los divinos cabellos

por el horror que ha sido cometido.

CORO.- ¡Ojalá rasgases!

¡Ojalá bajases!

CORIFEEO.- Por la blasfemia.

CORO.- ¡Oh, Dios brillante!

CORIFEO.- Por el escarnio.

CORO.- ¡Oh, Dios tonante!

CORIFEO.- Por la profanación.

CORO.- ¡Oh, Dios vengador!

CORIFEO.- ¡Oh, si abrieses los cielos y descendieras!

CORO.- Y a tu presencia se derritiesen los montes
como fuego abrasador de fundiciones.

CORIFEO.- Fuego que hace hervir las aguas.

CORO.- Para que hicieras notorio tu nombre a tus enemigos
y las naciones temblasen ante tu presencia.

(Llamando al pueblo.)

CORIFEO.- Porque el templo ha sido hollado.

CORO.- ¡Despierta, León, despierta!

CORIFEO.- Y las tumbas profanadas.

CORO.- ¡Levanta, pueblo, levanta!

CORIFEO.- Los demonios andan sueltos...

CORO.- Dos mil satanes franceses
profanan San Isidoro
en una noche terrible
de esqueletos y de lobos.

CORIFEO.- La noche de «Satanás».

CORO.- Último día de un año
de batallas y revueltas
contra un tal Napoleón
que ni a la muerte respeta.

CORIFEO.- ¡Oh, Dios, escucha estos ruegos!

CORO.- San Isidoro, una cuadra,
el altar una pocilga;
las tumbas del Panteón,
mesas de taberna impía.

CORIFEO.- ¡Oh, pueblo, escucha este llanto!

CORO.- Los sarcófagos abiertos
muestran las máscaras blancas
de nuestros reyes dormidos,
ornados con sus alhajas.

CORIFEO.- ¡Oh, alma, no desfallezcas con el recuerdo!

CORO.- Los satanes hacen mofa
de nuestros reales huesos
y aquí delante, en la plaza,
danzan impíos con ellos.

CORIFEO.- ¡Oh, vida no sucumbas de pavor!

**(Las monjas toman su piadosa decisión, avanzando hasta el
sepulcro y cubriéndolo con la losa.)**

CORO.- Nosotras recogeremos
estos restos en silencio.

CORIFEO.- Tomaremos estos huesos...

CORO.- Y los daremos al sueño
en el lecho del respeto.

CORIFEO.- Limpiaremos estos cuerpos...

CORO.- Que la muerte los acoja
entre sus pechos de hielo.

CORIFEO.- Confundidos y revueltos...

(Avanzando con decisión sosegada.)

CORO.- Nosotras reuniremos
la madre con la hija.

CORIFEO.- Fundidas en su seno...

CORO.- Nosotras juntaremos
cuñado con hermano.

CORIFEO.- En amor y respeto...

CORO.- Nosotras ataremos
los lazos inconexos...

CORIFEO.- Que la historia ha deshecho.

CORO.- Nosotras coseremos
un tapiz de silencio.

(La madre superiora señala el sepulcro.)

CORIFEO.- Mirad el blanco cráneo
de una reina, tal vez.

CORO.- Duerme, duerme, mi reina,
que Satán ya se fue.

CORIFEO.- Observad su nobleza,
su linaje, su prez.

CORO.- Duerme, duerme, mi reina,
ya se ha ido el francés.

(Dirigiéndose al público.)

CORIFEO.- Velad ahora su olvido.

CORO.- ¡Y recordad después...!

(La claridad va difuminándose. Los salmos y las siluetas de las agustinas se pierden en los caminos de la memoria.)

Escena II

Monólogo en el palacio

Una silueta se desliza por los corredores del palacio leonés. Es SANCHÁ, una sombra que ha sido despertada y se busca a través de sus recuerdos.

SANCHÁ.- ... ¿De quién son estas blancas manos que me acarician?... ¿Son tus manos, Siti?... Había olvidado el sabor de las caricias... Llévame contigo, nodriza... Llévame a las cocinas de tu cielo para que pueda calentarme...

Pero, no, tú no eres Siti. Tienes las manos demasiado frías..., demasiado secas...

Hoy debe ser... cuarta feria, sí, eso es, día de Mercurio, como decían los romanos; día de mercado, como me dicen mis sirvientes. Comí higos tempranos y grulla asada. Comí sola... ¿Dónde están todos?... ¿Acaso se los llevó este frío infernal?...

No me gusta esta soledad... El diálogo ameno acorta los caminos... Dialogaré pues con mi alma asustada... ¿Hará eso más leve mi ruta repetida?...

Recorro las fronteras de mi ciudad. Deambulo, como cada noche, por las lindes de su rectángulo perfecto... Acaricio las maderas calladas de sus cuatro puertas... Paseo sonámbula por el mercado dormido, hasta llegar de nuevo exhausta hasta este palacio, donde sigo buscándome sobre sus piedras romanas, entre sus ecos visigóticos...

León, León... León y yo...

No sé quién soy. Me contaron tan poco, callaron tantas cosas de mí, mudaron tantas otras... que no consigo reconocerme...

Yazco revuelta en los sepulcros del Panteón. Yazco inconclusa, perdida, desde aquella noche... Mis huesos danzan y se confunden en la plazuela una fría noche de Diciembre.... Suenan los cascos de los caballos, los juramentos en lengua extranjera, los eructos borrachos, las vergas entumecidas... Danzo y danzo sin parar. En nombre de Dios, ¿queréis parar esta zarabanda infernal?... No puedo más. ¡Vuestra reina os lo ordena!... Estoy cansada, muy cansada...

(El espectro de SANCHA se tiende en el sepulcro. Aparece un negro monje, mensajero de la muerte, cuya silueta recorre el fondo de la escena. Una VOZ DE NIÑA acaricia el sombrío paisaje.)

VOZ DE UNA NIÑA.- (Cantando.)

San Serenín del monte, San Serenín cortés.

Yo, como soy cristiana, yo me levantaré.

(La voz se hace faro que alumbrá las tinieblas. El monje negro queda agazapado en una esquina tenebrosa. Todo empieza a renacer.)

Escena III

Nave normanda. Muerte de su madre

Suena un cuerno vikingo. Se oyen lejanos gritos guerreros en una lengua bárbara, mezclados con el fragor de los remos abriéndose paso en las aguas. La niña SANCHA está acostada en su cuarto del monasterio de Piadela. En sus pesadillas febriles cree estar asomada aún a la ría de Betanzos, por donde ve avanzar majestuosa una nave normanda, llena de estandartes y banderas. Su nodriza SITI se acerca a la cabecera de SANCHA, portando un candil.

SANCHA.- ... Siti, ¿estás ahí?...

SITI.- Sí, mi Sanchiña.

SANCHA.- Mira, mira... ¿Veslo tú también... verdad?

SITI.- Claro, mi amor.

SANCHA.- ¿Qué barco es ese, nodriza?... ¡Mira su bandera!... ¿Será de un reino cristiano?... ¡El viento la mece!... ¡No, no es el viento... son las llamas!... ¡Es un barco de fuego!... ¡La nave surca la ría, Siti!... ¡Todo arde!... ¡Su proa es un enorme cuerno que aúlla!... ¡Mira, mira como rasga las aguas!... ¿Son estos los normandos, nodriza?... ¿Son así los demonios?...

SITI.- **(Para sí.)** A veces los diablos parécense mucho a los hombres.

(La nodriza intenta tranquilizarla cantándole una vieja canción gallega.)

SITI.- *Debaixo da oliveira*

*da gusto parrafear,
pois ten a folla miuda,
non deixa entrar o luar.*

¡Ai que noite queridiña!

¡ai que noite de luar!

¡ai que noite queridiña

de coller e sementar!

(Mientras SITI la consuela, la niña SANCHA revive con estupor su visión.)

SANCHA.- ¡Llégase la nave, Siti!... ¿Por qué no huimos?... ¡Aya, vámonos!... ¡Tengo miedo, aya!... ¡Tengo mucho miedo!... ¿Por qué soy una niña?... ¿Por qué nunca vi banderas como estas... ni barcos como estos?... ¡Tocaron la orilla!... ¡Ya están aquí!... ¡Son hombres de fuego!... ¡Sus cabellos arden!... ¡Quemaron el bosque, nodriza!... Di que se vayan... Diles que callen... Nunca oí estos gritos... ¿Es así la guerra, Siti?... ¿Van a matarnos, nodriza?... ¡No!... ¡Yo no quiero morir!...

SITI.- Ay, mi Sanchiña... ¿Quién te mandó escapar del monasterio y acercarte a la ría? ¿Sabes que corriste un gran peligro?

SANCHA.- Quiero ser grande, Siti... Quiero no tener miedo... Quiero ser mayor... Para enfrentarme a mis miedos... Y vencerlos en la batalla... Ya verás, Siti, cuando yo crezca... ¿Quieres más castañas, nodriza?... Mira, están dulces como la leche de tus pechos... ¡No!... ¡Queman!... No quiero... Parecen de fuego... Cómo gritan...

SITI.- Estás ardiendo. Pondrete una cataplasma.

(Va a salir, pero se topa con el negro monje, que se incorpora entre las sombras. SITI se santigua atemorizada y comprende el augurio.)

SITI.- La reina doña Elvira... ¡Válgame el cielo!... ¡Qué pérdida para León!

SANCHA.- **(Delirando.)** ¿León?... ¿Dónde está León?...

(El negro monje desaparece. SITI vuelve junto a SANCHA. La niña parece ir saliendo de su delirio.)

SANCHA.- Siti, ¿dónde está León?... ¿Está más allá de los montes de Betanzos?

SITI.- Sí, mi neniña, mucho más.

SANCHA.- Entonces, no quiero ir. Quiero quedarme aquí... ¡No conozco el camino!... ¡Estoy perdida, aya!...

SITI.- Mi reina, deberás obedecer a tu padre.

SANCHA.- ¿Y allí, tan lejos, es donde nací?...

SITI- Allí, en la corte leonesa, la corte más magnífica de la cristiandad.

SANCHA- Viviera siempre aquí... entre tus brazos...

SITI- Viniste en pañales y nunca moviste de mi lado.

SANCHA- Háblame de mi madre... De mi otra madre... De mi madre real...

SITI- La reina doña Elvira, que en Gloria esté, era de estas tierras... Hija del conde don Menendo... Ella también criose en Galicia... Al igual que tu padre. Fueron compañeros de juegos.

SANCHA- (**Febri!**) ¡No puedo oírte, Siti!... ¡Esos gritos de fuego!... Diles que callen... ¿Vístela tú?... ¿Conociste a mi madre?...

SITI- Servila a ella, al igual que sírvote a ti ahora.

SANCHA- ¿Llevaba también zuecos, como tú, mi otra madre?

SITI- (**Riéndose.**) Las reinas no gastan zuecos.

SANCHA- ¿Pues... qué gastan entonces?

SITI- Las reinas gastan corona... y manto... y trajes de rico paño...

SANCHA- ¿Y vanse a la guerra las reinas, Siti?... ¿Portan banderas como estas?... ¿Gritan también en lengua extranjera?...

SITI- No, mi amor. Las reinas, además de reinas son mulleres. Y las mulleres quédanse en casa cosiendo, bordando, tejiendo, rezando oraciones...

SANCHA- ¡Yo no querré ser mujer, Siti!... ¡De tanto rezar acabárame saliendo barba, como a la abadesa del convento!... ¡Como a estos guerreros rubios del barco!...

SITI- (**Riendo y llorando al tiempo.**) Ay, neniña, neniña... cuántas cosas quédante por aprender en esta vida...

SANCHA- ¿Ríes de mí?... Has de ver, Siti... Cuando yo sea grande...

SITI- Sanchiña, eso ya no lo verán mis ojos.

SANCHA- ¡No!... ¡No digas eso, ay a!... Tú nunca morirás. Quedárate siempre a mi lado.

SITI.- Mi amor... Era una chanza. ¡Claro que nunca moriré! **(Confidencialmente.)** ¿Acaso no conozco todas las pócimas y los ungüentos, tontaña?... Y tampoco dejaré que tú mueras, ¿óyesme, niña mía?... Mi pequeña leonesa... Estaremos siempre juntas...

SANCHA.- **(Fundándose entre sus pechos.)** Te quiero, Siti... ¡Te quiero más que a nadie en el mundo!... Llévame contigo... lejos de estos barcos... de estos gritos... ¡No dejes que nadie me arranque de tus brazos!...

(SITI y SANCHA juegan. La niña va haciéndose mujer. Como regalo de su primera menstruación, la nodriza le regala unos zuecos y la conduce al bosque.)

Escena IV

Menstruación

En un claro del bosque gallego. La luna se asoma por encima de los frondosos castaños para iluminar a SITI, la vieja mano posada sobre la cabeza de la adolescente SANCHA, entonando una salmodia. A lo lejos se oyen ecos de las alimañas y rumor de aguas.

SITI.- Soy el viento que alienta sobre el mar;

soy ola del océano,

soy rumor en los escollos,

soy el buey de los siete combates

y el buitre de las rocas;

soy la planta más bella,

soy jabalí bravío,

soy salmón en el agua

y lago en la llanura;

soy palabra de ciencia,

soy punta de lanza en el combate;

soy el rayo solar,
soy el dios que creó la llama en la cabeza.
¿Quién sino yo ilumina la asamblea del monte?
¿Quién sino yo señala los años de la luna
y el lugar del crepúsculo?

(Ungiendo la cabeza de la joven SANCHA con un brebaje.)

*Por riba de silveirás,
por baixo de carqueixás.*

SANCHA.- ¿De veras, nodriza, no me moriré?

SITI.- Quien nace mortal, camina hacia la muerte... **(Calmando a la asustada SANCHA.)** ¡Claro que no, neniña!... Ahora ya eres muller.

SANCHA.- Pero, esta sangre... **(Mirando con miedo sus blancos muslos.)**

SITI.- Esta sangre, sangre de vida es. Mientras tu sangre fluya, fluirá tu vida. **(Sombría.)** Esta no es sangre derramada... no es sangre de muerte. Aquella otra es más amarga. **(Mudando de nuevo.)** Esta es manjar, ambrosía... No precisas tener miedo, Sancha.

SANCHA.- No tengo miedo.

SITI.- Escucha: Un día empújale al otro y las lunas nuevas caminan hacia la muerte. Pero recuerda que la muerte no es triste... Más triste es la manera de morir. Morir es tan sencillo como nacer... Recuérdalo siempre.

SANCHA.- Lo recordaré, ay a.

SITI- Hoy nació una nueva muller... Que tal vez algún día conviértase en una gran reina... Mira, mira la luna como sonrío en mirándote... **(Silencio premonitorio. El bosque entero aguarda en suspenso.)** Ocurrirán muchas cosas, niña mía... Morirán muchas gentes... Y nacerán otras... Tu cabeza será coronada... Tu trono será grande entre los grandes... Correrán los ríos de la sangre... Unos serán dulces... Los otros dolerán más que puñales... Todo poder no es más que una conjura permanente... Toda lucha ha de llegar hasta su fin... Cuando hayas de casarte, elige a uno que se te parezca... Se puede confiar en las malas personas, no cambian jamás... Pero, no olvides que los malvados tienen una felicidad negra... Esto te digo, Sancha, y otras cosas que callo... por miedo...

SANCHA.- Yo no tendré miedo nunca, nunca, te lo prometo. Pase lo que pase, Siti, siempre recordaré tus palabras.

SITI- **(Para sí.)** Y pasarán muchas cosas... Tal vez demasiadas... Sólo el tiempo y la luna conocen el camino. **(A SANCHA.)** Esta es mi Sanchiña. Ahora volvamos. En el monasterio deben estar muy preocupadas.

(Salen acompañadas del rumor del bosque milenario. SANCHA se despide de la naturaleza gallega y se dirige a la corte leonesa.)

Escena V

Llegada a León

Suenan las campanas de la catedral. SANCHA entra en una estancia del palacio, escuchando los nuevos sonidos y contemplando el nuevo entorno. Lleva puestos unos zuecos, con los que hace resonar las viejas piedras a su paso. Aparece su madrastra URRACA.

URRACA.- ¿Qué es ese ruido espantoso?

SANCHA.- No sé, señora...

URRACA.- ¿Qué llevas puesto en los pies?

SANCHA.- Son mis zuecos...

URRACA.- **(Riéndose.)** ¿Tus... zuecos?... ¿Una infanta con madreñas?...

SANCHA.- Llevelos siempre.

URRACA.- **(Reconociéndola.)** Tú eres Sancha. ¿No es así?

SANCHA.- Sí, señora. ¿Y tú quién eres?

URRACA.- ¿Yo?... Yo soy Urraca, la reina.

(SANCHA hace intención de abrazarla, pero URRACA se separa para continuar mirando sus zuecos despectivamente.)

URRACA.- Ahora estás en la corte, no en el prado. Aquí no vas a necesitarlos.

SANCHA.- Pero...

URRACA.- ¿Fue bueno el viaje?

SANCHA.- Sí, mi señora Urraca. Gusté mucho. Topémonos con homes y rapaces...

URRACA.- También tendrás que olvidar esa lengua. Aquí no hablamos aquellas jerigonzas.

SANCHA.- En Galicia enseñáronme...

URRACA.- Sancha Alfónsez, estamos en León. León y Navarra son... otra cosa. Ya te irás dando cuenta. Galicia está ahora muy lejos. **(Llamando.)** ¡Claricia!... ¡Adosinda!... **(No aparece nadie.)** ¿Dónde se habrán metido esas pánfilas? Siempre que las necesito no aparecen. Preciso que me desvistan para la cena.

SANCHA.- Si queréis, puedo ayudaros yo...

URRACA.- ¡Estás loca!... ¡Ay, vas a tener que aprender mucho!... Tendré que enseñarte cuales son tus deberes como d^omina infanta. **(Molesta, para sí.)** Como si ya tuviese pocas preocupaciones... **(A SANCHA.)** ¡Anda, quita de ahí y llama a tu criada para que te ayude a ti también!... Y que te retiren esas... madreñas. Ponte unas chinelas de terciopelo. Y quítate esa mala olor... Esta noche conocerás a Vermudo, tu hermano... ¡Adosinda!... ¡Claricia!... ¿Dónde estarán, por Dios?... **(Yéndose.)** En Pamplona no pasaría esto...

(SANCHA queda mirándose los zuecos. Comprueba que está sola y se pone a bailar burlona. Aparece un niño que la observa y luego da palmas. SANCHA se detiene.)

VERMUDO.- Sigue, es un baile muy bonito.

SANCHA.- ¿Quién eres tú? ¿Vives también en este palacio?

VERMUDO.- Yo soy el rey.

SANCHA.- ¿Tú eres Vermudo? Pero... acabo de hablar... Díjome que era la reina...

VERMUDO.- ¡Bah!... Ella es sólo la regente. Yo soy el verdadero rey.

SANCHA.- Por un momento creí que habíante casado con ella.

VERMUDO.- Urraca es la viuda de mi padre. Mi padre acaba de morir. Le han muerto con una saeta en las tierras del Oeste. Ahora es ella quien organiza las cosas en la corte. **(Confidencialmente.)** Aunque se porta como si fuese la dueña de todo. **(Con recelo.)** Pero, ¿tú quién eres?... ¿No vendrás de Navarra?... ¿No serás pariente suya?...

SANCHA.- **(Abrazándole.)** No, Vermudo, no temas. Yo vengo de Galicia. Soy tu hermana.

VERMUDO.- **(Entusiasmado.)** ¡Sancha! ¡Tenía tantas ganas de conocerte! ¡Nunca he salido de estos muros! ¡Cuéntame como son las cosas ahí fuera! ¡Háblame de todo lo que has visto!

SANCHA.- ¡Hermaniño! ¡Qué alto eres! ¡Qué buen mozo! Parécesme ya un hombre... Tienes los ojos azules, como yo.

VERMUDO.- Y tú también eres rubia...

SANCHA.- Escucha, Vermudo... Ahora que nuestro padre murió, tenemos que estar muy unidos. Siti me ha dicho...

VERMUDO.- ¿Quién es Siti?

SANCHA.- Mi nodriza. Su nombre es Fronilde Gundemáriz, pero todos dicenle Siti. Siempre viví con ella. Enseñome muchas cosas: A cantar, a hacer bordados con hilos de oro, a distinguir un castaño de un roble...

VERMUDO.- A mí mi ayo me ha enseñado a montar a caballo, a leer... ¡Si quieres te leo alguna cosa!

SANCHA.- Espera, Vermudo, espera... no seas impaciente. ¡Qué niño eres! ¿Cuántos años tienes?

VERMUDO.- (**Enfadado.**) Pronto cumpliré los doce.

SANCHA.- Yo tengo quince. Y, como hermana mayor, tienes que obedecerme.

VERMUDO.- Pero, yo soy el rey... Tú sólo eres la infanta. (**Enfadado.**) ¡Todo el mundo quiere mandarme!... Urraca, la regente, pretende que siga sus arbitrios en la corte de León... Su hermano, Sancho de Navarra, me pide que me declare vasallo suyo... Y ahora tú...

SANCHA.- Entonces no jugaré contigo, ni te enseñaré canciones, ni bailes...

VERMUDO.- Está bien, Sancha. Cuando juguemos, serás tú la que mande. ¡Cuando se trate de cosas serias, seré yo!

SANCHA.- Entonces, haz lo que yo te ordene. (**Pensando.**) Ponte a cuatro patas, como si fueras un caballo... y relincha. (**VERMUDO lo hace.**) Ahora yo montábame y ordenaba que fueses trotando para Galicia. (**SANCHA se monta sobre él y le espolea.**) ¡Arre, arre!... Dime, caballito, ¿cuándo te casarás?

VERMUDO.- No lo sé. He oído que quieren casarme pronto... Con una condesa castellana...

SANCHA.- Pues, tendrás que aprender a galopar... ¡Galopa, potriño, galopa! Llévame a Castilla.

VERMUDO.- (**Rompiendo el juego.**) No me gusta este juego. No me divierte. Además... a ti también van a casarte... Tú también tendrás que aprender entonces a galopar...

SANCHA.- ¿A mí? ¿Casarme? ¿Con quién? ¿Sabes tú algo, Vermudo?

VERMUDO.- ¡Claro que lo sé! ¿No te he dicho que soy el rey?

SANCHA.- Vamos, dime, hermaniño.

VERMUDO.- Con el hermano de la que será mi esposa.

(Los dos ríen divertidos.)

SANCHA.- ¡Entonces... seremos cuñados! Y dime, Vermudo, ¿cómo es el conde castellano? ¿Cómo llámase? ¿Le conoces?...

VERMUDO.- Si me enseñas tu baile, te lo diré.

(SANCHA baila, haciendo sonar sus zuecos, que pueblan de ecos el palacio leonés. VERMUDO intenta imitarla. Los dos ríen mientras se hace la oscuridad.)

Escena VI

Muerte del infante don García

Rumores de preparativos en el palacio de León. Varios criados se afanan colocando la mesa de banquete con la cena para recibir al conde castellano don García, que viene a visitar a su prometida, la infanta SANCHA. Le acompaña en su viaje a León el rey Sancho de Navarra, hermano de URRACA. Esta da las órdenes a los sirvientes.

URRACA.- ¿Queréis daros prisa?... ¡Llegará el infante castellano y aún estarán sin poner los platos!... (**Llamando a voces.**) ¡Sancha, apresúrate! (**SANCHA no llega y URRACA continúa hablando sola, mientras revisa nerviosa los preparativos.**) Quiero enseñarte el modo de preparar un banquete. Como infanta, debes saber organizar a los sirvientes. Y con más motivo ahora, que te desposarás con el conde de Castilla y deberás disponer en tu nueva corte. (**A un criado.**) ¡Saturio!... ¿Es forma esa de colocar las copas?... ¡Virgen Santa! Estos fámulos leoneses... (**A los criados.**) ¡Esos panes!... ¡Colocadlos junto a los platos!... (**De nuevo a los criados.**) Primero serviréis los pasteles agrios de membrillo y peras con romero... luego los de algarroba y carne tajada... y en tercer lugar los de almendras, miel y azafrán. (**Desesperada porque nadie le hace caso, canta históricamente. Descubriendo a SANCHA, que acaba de entrar.**) ¿Te vestiste la almeja y el alfiniame encarnados?... ¡Válgame Dios!... ¡Qué dirá tu prometido!... Blancos, blancos deben ser para una desposada.

SANCHA.- ¿Debo entonces cambiarme las ropas?

URRACA.- No, deja. ¡Ya pasó la hora nona! Tu conde y mi hermano no tardarán en llegar. (**Supervisando los preparativos, a los sirvientes.**) No olvidéis preparar los aguamaniles.

SANCHA.- (**Con curiosidad.**) ¿Cómo es el infante don García? ¿Le conoces?

URRACA.- Espero que sea digno hijo de su padre. (**A los criados, mientras continúa supervisando.**) ¿Dónde están los pomos de la sal?... ¡Dios santo!... ¿Tendré que estar en todo?... (**A SANCHA.**) Vestía a la usanza cordobesa... y organizaba fiestas con poetas, bailarinas y cantantes. Espero que su hijo sepa dispensar la austeridad de esta corte leonesa.

SANCHA.- ¿El infante es mi tío?

URRACA.- (**Asintiendo.**) Y espero que con este maridar, queden de una vez por todas acalmadas las disputas por esas tierras. (**A los sirvientes.**) ¡Jesús!... Y qué mala luz hay... ¡Traed más candelabros de pie...! ¡Y ciriales de mesa!... ¡Presto!

SANCHA.- ¿Es gentil don García? ¿Le viste alguna vez?

URRACA.- Parecería tal que un franco, aunque arrastra mucho las erres...

SANCHA.- (**Excitada.**) Como buen castellano.

URRACA.- (Continuando con las órdenes a los criados.) Luego, ensalada de bonito con aceitunas, truchas rellenas de jamón, capones escabechados, cordero asado...

SANCHA.- Yo me daré de grado al infante... Y le daré mis mercedes.

URRACA.- (Metida en sus preocupaciones.) ¿Y qué haremos sin escanciador? ¿Quién servirá las bebidas?... Nunca me acostumbraré a esta corte leonesa. **(A SANCHA.)** Recuerda que no debes morder tu pan, sino cortarlo... Y, si estornudas, limpia tu mano con la falda discretamente... Y no abarrotés tus mejillas con el alimento, porque si el conde te habla no podrás contestarle... Y no te rías con la boca llena... Ni cruces las piernas...

SANCHA.- Sí, Urraca... Sí, sí. No temas. ¡Deseo tanto agradecerle!

URRACA.- (Nerviosa.) Parece que se tardan. Anda, Sancha, llégate al Monasterio de San Juan y sé tú, como dómina infanta, la primera en recibir al infante.

(SANCHA se dirige se dirige hacia la puerta de San Salvador, anhelando el encuentro con su amado. Dos monjes, mensajeros de la muerte, aparecen por el fondo y avanzan hacia la mesa de banquete.)

URRACA.- (Templa su voz para el agasajo del infante.)

Ai eu cuitada!

Como vivo en gram desejo...

por meu amigo

que ei alongado!

Muito me tarda

o meu amigo na Guarda!

Ai eu cuitada!

Como vivo en gram desejo

por meu amigo

que tarda e non vejo!

Muito me tarda

o meu amigo na Guarda!

(SANCHA descubre a su amado y extiende sus brazos para recibirle. Un grito aterrador congela la escena. Los monjes apagan la llama de los dos candelabros de la mesa. SANCHA queda petrificada.)

ADOSINDA.- (Entra llorando desconsolada, dirigiéndose a URRACA.) ¡Qué desgracia, Dios mío!

(Los monjes van despojando la mesa de banquete, como si del misma alma de SANCHA se tratase, dejándola vacía y desnuda, convertida, de nuevo, en sepulcro.)

URRACA.- ¿Qué ha pasado?... ¡Habla, Adosinda!

ADOSINDA.- ¡El infante, señora...!

URRACA.- ¿Qué le ha pasado? Dime, por Dios.

ADOSINDA.- ¡En la puerta de San Salvador...!

URRACA.- ¿Qué ha sido? ¿Qué le ha ocurrido?

ADOSINDA.- Allí yace... cosido a estocadas...

URRACA.- ¡Virgen Santa! ¿Quién le ha muerto?

ADOSINDA.- Su padrino de bautismo...

URRACA.- El conde Ruiz Vela. ¡Válgame el cielo!... ¡No es posible! Adosinda, ¿quién te lo contó?

ADOSINDA.- A voces se corre la noticia por León... La encomienda corre ya por carreras y carrales...

URRACA.- (A ADOSINDA.) ¿Dónde está mi hermano Sancho? Venía acompañando al infante en este viaje. ¿Le ha sucedido también algo fatal?

ADOSINDA.- No sé, señora... Sólo se habla del conde castellano. Nadie dijo nada del rey navarro.

(Se oyen pasos urgentes. Aparece el REY SANCHO DE NAVARRA.)

SANCHO.- Ya conoces la triste nueva.

URRACA.- Hermano... ¡Gracias a Dios! **(Le abraza.)**

SANCHO.- Yo no estaba presente en el desenlace. Cuando entramos en León, los Vela se llegaron a nosotros y nos recibieron con besamanos y reverencias...

URRACA.- En Navarra la nobleza fue siempre más fiel a la corona que en estas tierras.

SANCHO.- Luego me adelanté para saludaros...

SANCHA.- **(Enajenada, para sí.)** Con la muerte del infante acaban mis ilusiones...

SANCHO.- **(A URRACA.)** Con su muerte acaba la herencia castellana.

URRACA.- **(A SANCHO.)** ¿A quién pasarán ahora los derechos del condado?...**(Confidencial.)** Tú, como esposo de doña Mayor, la hermana del difunto... **(Silencio tenso. Intentando recomponer la situación.)** Pero, dejémonos de herencias, cuando el cuerpo del conde está aún caliente.

(Salen ambos. ADOSINDA queda gimiendo al fondo. SANCHA continúa en el proscenio, mirando más allá de sus ilusiones perdidas.)

SANCHA.- En hora mala vengáis, mayo... El mejor mes de todo el año... ¡Y Vermudo en Oviedo!... ¿Quién me vengará de esta afrenta? **(Descubriendo aterrada.)** Sancho... Tú enviaste a Vermudo a Oviedo... **(Perpleja.)** ¿No es eso casual? **(Espantada.)** Con razón vestí mi almeja y mi alfiniame encarnados... Mortajas de sangre para unas bodas sangrientas. **(Con infinita pena.)** La doncella alegre tórnase triste dama... Viuda antes de casada... **(Los gemidos de ADOSINDA se adueñan del paisaje.)** No lloréis. No es momento de llanto, sino de venganza... **(Con resolución.)** No creáis que esto acabó. Ahora, ahora es cuando todo ha de comenzar.

(Las tinieblas se funden con los llantos de ADOSINDA y las firmes palabras de SANCHA.)

Escena VII

Juglar

La luz del mediodía ilumina la plaza del mercado de León. Distintos vendedores vocean sus mercancías: Un artesano del cobre, una bordadora y un carpintero. Entra un JUGLAR, saluda al público congregado y comienza a tocar su zanfoña. Cada vez va enardecándose más. No sólo toca el instrumento, sino que también lo utiliza como polifacético recurso escénico, sugiriendo un arco, una espada, un río, un ejército, la cola de un caballo y hasta la vara de castigo del sayón.

JUGLAR.- Corría el mil veintinueve,
día trece del mes Mayo,
cuando llegó don García
a León con sus vasallos.
A ver a Sancha venía
el infante castellano,
que desposados estaban
y quería celebrarlo.
Pero en la puerta del templo
le estaba aguardando el diablo.

Su padrino de bautismo,
Rodrigo Vela y su hermano
Íñigo, por triste sino
hallábanse conjurados.
Recíbenle con zalemas

y tras de besar su mano
le clavan cien estocadas.
Huyen después a caballo
y, llegándose a Monzón,
piden del castillo amparo.

Ya desmontan y ya limpian
la sangre de sus espadas.
Pero a la zaga tras ellos
galopa la infanta Sancha.
Ya ha alcanzado a los dos Vela,
y a cumple con su venganza,
toma con fuerza un cuchillo
y las manos les cortara,
después tájales los pies
y la lengua les sacara.

Luego arranca con sus uñas
los ojos de las sus caras,
para que todos les viesen
y ellos ya no viesen nada.
Manda traer una acémila
y a los dos Velas montara.
Que pasaran por las calles,
que la gente les mirara,
ejemplo atroz que anunciase
quien era la infanta Sancha.

Sancha no mata a los Vela

y aún la vida les perdona:
«El alma me habéis robado,
pero no la mi corona.
Quien me la quiera quitar,
se verá con mi persona.
Que muerto es mi buen García,
la corza torna leona,
de León seré la dueña,
reina de la Hispania toda.»

(La luz se va yendo junto con las últimas notas del JUGLAR y el bullicio del mercado.)

Escena VIII

Muerte del sobrino

SANCHA está en el huerto del palacio leonés. Atardece, cantan pájaros y se escuchan los rumores de Mayo; pero ella está ausente, definitivamente triste. Aparece un fúnebre monje, que recorre el lugar, anunciando una nueva muerte. SANCHA desgrana unos versos dolientes.

SANCHA.- ¡Ay, lindo amigo, que no vuelvo a verte!

Cuerpo garrido que se lleva la muerte...

(Aparece SANCHO. Viene ebrio, aún trae una copa en la mano. Contempla a SANCHA embelesado. Cuando esta se da cuenta de su presencia, deja su triste canto.)

SANCHO.- Continúa, Sancha, es una bella canción... aunque triste. (SANCHA **se dispone a abandonar el huerto.**) No, espera, no te vayas... Aún es pronto. Los sirvientes no prepararon el yantar... (**Le acaricia los largos cabellos.**) ¡Qué hermosos cabellos!... Tal parecen torrentes de oro... (SANCHA **se cubre la cabeza.**) ¡No, no los cubras! Déjalos caer en cascada sobre tus blancos hombros... Me gusta tanto mirarte, Sancha, eres tan hermosa... (SANCHA **le mira desafiante.**) No me mires así... Duelen esos ojos azules clavados como puñales... (**Mirándola con lascivia.**) Si tú quisieras... La vida es tan breve, como decías en tu canto...

SANCHA.- Déjame, Sancho. Voy a ver al sobrino, parece que siéntolo llorar.

SANCHO.- (**Deteniéndola.**) No te afanes, Sancha. (**Silencio cargado de negrura.**) Tu sobrino ya no llorará más... El heredero ha dejado este valle de lágrimas.

(El monje les rodea, estrechando el cerco de las tinieblas, mientras canta en susurros una lúgubre nana.)

SANCHA.- ¡Qué dices! Suéltame o llamo a los criados.

SANCHO.- Puedes gritar cuanto quieras, Sancha. Todos están ocupados en hallar a la criatura.

SANCHA.- ¿Qué quieres decir?

SANCHO.- Nadie encuentra el cadáver del pequeño Alfonso, ni entre estos muros ni en las afueras ni en los campos... Todos buscan con afán... Mas nada hallan.

SANCHA.- (**Espantada.**) ¡El palacio está ameigado!... ¿Y mi hermano? ¿Dónde está Vermudo?

SANCHO.- Él aún no es sabedor de la noticia. Está... fuera... (**Acercándose más si cabe a SANCHA, le susurra al oído.**) Ahora, Sancha, eres tú la heredera...

SANCHA.- ¡Aparta te digo! No te atrevas a acercarte a mí o tendrás que lamentarlo.

SANCHO.- ¿Acaso te doy asco? ¿Me tomas por un viejo? Tengo tan sólo trece años más que tú. (**Tomándola entre sus brazos.**) Aún no cumplí los treinta. Estoy en la flor de mi virilidad. (**Con pasión.**) Mira estos lirios... son el símbolo de la pureza... ¿Ves estas rosas virginales?... Cuando la tumba de María fue abierta, en lugar de su cuerpo hallaron una cama de lirios y rosas. (**Intentando derribarla en el suelo y poseerla.**)

SANCHA.- ¡A mí los criados! ¡Ayuda!

SANCHO.- (**Tapándole la boca.**) Es inútil, Sancha. Ya te dije que todos buscan... al que pudo ser el heredero de León... Nadie vendrá a socorrerte. (**SANCHA le muerde la mano. SANCHO da un alarido.**) ¡Brava es la infanta! Tendremos que domarte, ya que aún no has aprendido los usos de la corte.

SANCHA.- No me das miedo, Sancho.

SANCHO.- (**Fanfarrón.**) Estoy pensando en venderte a algún emir para que le sirvas de esposa... o mejor de concubina. Sí, como hicieron con tu tía Teresa, entregándola a Almanzor... (**SANCHA le escupe.**) Creo que va a gustarle al infiel domeñar este potro salvaje...

SANCHA.- Algún día pagarás caro todo esto.

SANCHO.- (**Riéndose.**) Espero que ese día quede lejos. Mientras, dejarás el palacio y entrarás como abadesa en el monasterio de San Juan y San Pelayo... Allí está ahora tu tía Teresa, que volvió de la Berbería... Quizá ella te haga entrar en razones... Acaso el claustro consiga templar este fuego leonés.

SANCHA.- Y mientras tanto, tú podrás hacer de las tuyas libremente, ¿no es así?

SANCHO.- (**Soberbio.**) Los leoneses nunca habéis sabido gobernar a derechas. Mis abuelos tuvieron que nombraros y destituirlos, incapaces como habéis sido siempre de mantener la unidad de vuestros dominios. Mi antepasada Toda Aznar...

SANCHA.- No olvides que su sangre también corre por mis venas. (**Consigue zafarse de SANCHO.**)

SANCHO.- Sí, no cabe duda. Eres valiente. Quizá algún día tú endereces los entuertos de tus abuelos...

SANCHA.- (**Mirándole con desprecio.**) No tengas duda alguna. (**Yéndose.**) Pero ese día tus ojos no estarán abiertos para verlo.

(La noche y la muerte se adueñan del huerto. Los pájaros se han recogido para vivir en silencio su duelo y prepararse para las nuevas jornadas que se avecinan.)

Escena IX

18 cumpleaños

Suenan cánticos judíos, entonados por voces masculinas. Recluida en el monasterio de San Juan y San Pelayo, SANCHA recibe a dos mercaderes que vienen con presentes enviados por VERMUDO para agasajarla en su 18 cumpleaños. URIEL es un hombre maduro, con aire venerable; BENJAMÍN es joven, tendrá la edad de SANCHA.

SANCHA.- Hermosas son vuestras cantigas.

URIEL.- Son cantos religiosos, señora. Himnos a nuestro Dios.

SANCHA.- Suéname tan parecidos a las antifonas de este monasterio...

URIEL.- ¿Olvidáis, señora, que el Dios de Moisés también es vuestro Dios?

BENJAMÍN.- El rabino Uriel lleva razón. Nuestro Libro es también el vuestro...

URIEL.- Aunque vosotros hayáis hecho santos algunos más... **(Al mercader joven.)** Benjamín, muestra los presentes.

BENJAMÍN.- **(Desplegando piezas de ricos tejidos.)** Admirad, señora, estos fastuosos brocados de Al-Ándalus...

URIEL.- Son dignos de una reina cordobesa... Si bien Córdoba ya no es lo que fue. Aquella magnificencia se perdió definitivamente.

BENJAMÍN.- Sabed, señora, que las coras de Al-Ándalus se autoproclaman independientes, distinguiéndose entre taifas árabes, bereberes y eslavas.

URIEL.- La última ha sido precisamente Córdoba, regida por los Beni Chafar, familia árabe asentada hace ya tres siglos.

SANCHA.- ¿Rabino Uriel, tú conoces Córdoba?

URIEL.- Así es, señora, estudié allí, en la Academia. Pero mis antepasados son leoneses desde hace siglos. Pertenezco a la familia de los Sem Tob, que tan grandes sabios dio a nuestra historia.

BENJAMÍN.- Vivimos en Puente Castro. La señora conocerá el barrio.

SANCHA.- ¿Cómo podéis serlo desde hace tanto tiempo? (*Acariciando la suavidad de las telas.*) ¡Qué preciosas telas!... Y opense que los más antiguos leoneses eran tribus paganas anteriores a Nuestro Señor.

URIEL.- No, señora, disculpadme, pero en eso erráis. Cuéntale, Benjamín, lo que te enseñé.

BENJAMÍN.- Según nuestras tradiciones, nuestros antepasados llegaron a esta península en la época de la destrucción del primer Templo, cuando el rey Espain...

URIEL.- (*Interrumpiéndole para puntualizar.*) De donde viene el nombre de Hispania. (*A su discípulo.*) Continúa, Benjamín.

BENJAMÍN.- El rey Espain y sus descendientes, los hijos de la casa de David, emigraron por mar al exilio ibérico y habitaron desde entonces la península.

SANCHA.- Es una historia fascinante. Pisamos una tierra tan antigua... cruzáronse tantos pueblos...

URIEL.- Y continúan cruzándose, señora. Tal vez sea esa la verdadera riqueza de nuestra tierra.

SANCHA.- ¿Y no será ello un inconveniente?

URIEL.- La convivencia entre los pueblos no tiene por qué constituir inconveniente alguno.

SANCHA.- Sí, pero somos tan diversos... Estamos los leoneses... los navarros hoscos y orgullosos... los castellanos fronterizos, siempre dispuestos a guerrear... esos levantiscos nobles gallegos... los rudos vascones... aquellos francos extranjerizantes de los territorios del mar oriental...

URIEL.- No olvidéis, señora, a los ismaelitas del Sur... Y a nosotros mismos, que habitamos todos los territorios.

BENJAMÍN.- Y para colmo, esos normandos que no cesan de asolar las costas.

SANCHA.- ¿Creéis que pueblos tan dispares podrán avenirse alguna vez?

URIEL.- La tolerancia entre los hombres hermanos es una riqueza incomparable, más valiosa que mil yacimientos de oro y piedras preciosas. Tal vez algún gobernante, algún día...

SANCHA.- **(Para sí.)** Si yo pudiera...

URIEL.- **(Extendiendo ante SANCHA delicadas piezas de seda.)** Vuestro hermano, el rey Vermudo, no sabe cómo agasajaros por vuestro cumpleaños y os envía también estas sedas traídas del Oriente...

SANCHA.- **(Examinando las sedas.)** No es aquel Oriente el que ahora me preocupa, sino este otro más cercano... Así que León es ahora una provincia de Navarra...

URIEL.- Tal parece, señora. El rey Vermudo anda sometido a las ambiciones del rey Sancho, que ya se proclama emperador leonés. **(A su compañero.)** Benjamín, muestra a la infanta los otros presentes.

BENJAMÍN.- Mirad esta copa de boj y estas cucharas y peines...

URIEL.- Ved su labrado. Y no temáis si os dijeran que esta madera es dañina. Habladurías de las gentes...

SANCHA.- Mostradme el arco. **(Tomándolo en sus manos.)** ¡Qué hermoso es!

URIEL.- Está construido de una sola pieza, en madera de tejo.

SANCHA.- Es un arco magnífico. **(Poniéndose en posición de disparar.)**

URIEL.- Es una pieza única. El guerrero que lo posea será invencible.

BENJAMÍN.- ¿Señora, deseáis ver esta hermosa flauta de lilo, traída de la Iliria?

URIEL.- El sonido de su canto es como su perfume, endulza las penas del más dolorido corazón. ¿Queréis oír?

(Hace ademán a BENJAMÍN, quien toca una hermosa melodía hebrea. Todos escuchan arrobados.)

SANCHA.- Sin duda su sonido es hermoso. Aunque sigo prefiriendo este arco admirable. (**Acariciándolo.**) El silbo de sus flechas debe sonar como la más bella melodía.

BENJAMÍN.- Vuestro es, señora. Deseo que disfrutéis con él en vuestros esparcimientos.

SANCHA.- No es esparcimiento lo que yo busco. Vivo complacida como dómina infanta del monasterio... Y al tiempo me hallo tan preocupada... Son demasiados meses apartada de palacio... Ahora que tan necesaria sería mi presencia.

URIEL.- Nosotros también sufrimos por la suerte de León. Siempre fuimos bien tratados por los reyes leoneses. Tendríais cuatro o cinco años, cuando vuestro padre, el rey Alfonso, nos equiparó con el resto de la población. Nos sentimos, por tanto, unos leoneses más. (**Instando a BENJAMÍN.**) ¡Vamos, Benjamín...! ¿A qué esperas?

BENJAMÍN.- (**Ofreciéndole un magnífico libro.**) Este, señora, es un obsequio que os ofrecemos de nuestra propia mano.

URIEL.- Y os rogamos aceptéis de vuestros humildes súbditos leoneses.

SANCHA.- (**Complacida.**) Veamos, qué es ello.

BENJAMÍN.- No ha habido nunca libros más espléndidos. (**Mostrándoselo.**) Mirad.

SANCHA.- ¡Qué maravilla!

BENJAMÍN.- Se trata de un manuscrito carolingio encuadernado en marfil, rodeado de oro martillado y piedras preciosas.

URIEL.- Es el Libro Sagrado. Vuestra Biblia, como así la llamáis los cristianos. Sus palabras endulzarán vuestro retiro.

BENJAMÍN.- Y sus ilustraciones, señora, os mostrarán las fantasías arquitectónicas que se extienden por todo el orbe civilizado...

URIEL.- Desde la Hispania a Damasco.

SANCHA.- ¡Qué bello es!... Si yo supiera leer...

BENJAMÍN.- Si lo deseáis, señora, yo podría enseñaros...

URIEL.- (**Interrumpiéndole.**) Creo que deberíamos retirarnos. Mañana emprendemos camino y debemos reponer nuestras fuerzas antes de la partida.

SANCHA.- Estoy tan complacida por vuestra visita. ¿Deseáis alguna cosa? Yo también quisiera haceros un presente.

BENJAMÍN.- (**Señalando los pies de SANCHA.**) Señora, ¿qué es este calzado? Nunca lo vi antes.

SANCHA.- Tuyos son mis zuecos si los quieres.

URIEL.- (**A BENJAMÍN.**) Benjamín, es virtud conducirse con humildad y obrar con modestia. (**A SANCHA.**) Agradecemos los dones ofrecidos, señora, pero no podemos aceptarlos.

SANCHA.- (**Quitándose los zuecos.**) Es mi gusto. Tomad. Son de madera de abedul.

BENJAMÍN.- Gracias, señora.

URIEL.- Es un bello trabajo. ¿Sabíais, señora, que el abedul es árbol al que le gusta crecer por encima de los otros y no permite que los demás le hagan sombra?

SANCHA.- Me place escuchar eso, rabino Uriel. (**Premonitoria.**) Quiera nuestro común Dios que así sea... Pero, cantad, os lo pido, cantad una última melodía antes de retiraros... Os lo ruego. (**Para sí.**) Me hallo tan postergada. Es tan eterna esta espera...

(Los cánticos de los judíos enmarcan la figura de SANCHA que enarbolando el arco se dispone a prepararse para ser el mejor de los guerreros en su lucha por el trono.)

Escena X

Anuncio de boda con Fernando

Las voces airadas de SANCHA y el estruendo de objetos arrojados contra el suelo, atruenan el monasterio. Ha recibido la noticia de que va a casarse con FERNANDO, hijo de SANCHO. SITI, ya anciana, intenta calmarla.

SANCHA.- ¡No! ¡No aceptaré! ¿Casarme yo con el hijo del corrompido Sancho?... ¡Jamás!

(Aparece SANCHA enfurecida y tras ella SITI con los presentes enviados por el nuevo prometido de SANCHA, FERNANDO, el hijo de SANCHO.)

SITI- Sancha, sosiégate...

SANCHA- El hijo será tan lascivo como el padre. Cuando canse de mí, deshárase con un divorcio a la carolingia.

SITI- (Divertida.) ¿Cómo es eso, mi niña?

SANCHA- (Furiosa.) Mandárame a inspeccionar las cocinas y allí, entre los puercos, el matarife me degollara... O tomárame, al modo de los germanos, como una esposa más... ¡Su prenda de paz!... (Estrella contra el suelo una vasija de loza.) No quiero nada de los navarros... ¡Llévense todos sus presentes!... ¡No me comprarán con galardones!...

SITI- Pero, neniña... Fernando es ahora el nuevo conde castellano.

SANCHA- ¡Me es igual! No quiero alianzas con Pamplona ni con Burgos. ¡Palos son de la misma astilla! (Arrojando unas monedas y escupiéndolas.) ¡Quédense con sus acuñaciones de oro!... ¡O si no, dónenlas a cualquier monasterio!... ¡O a los nobles, como tienen por costumbre hacer, para atraerlos a su odiosa causa!...

SITI- Escucha, Sancha. Ya no eres una niña. Cumpliste los diecinueve...

SANCHA- (Furiosa.) ¡Cierto, Siti, ahora lo dijiste! Precisamente, porque no soy una niña, no toleraré...

SITI- (Cogiéndola con firmeza.) Sancha, vas a oírme, aunque no quieras. (SANCHA se abraza a ella, con furia contenida. SITI la acaricia.) ¡Ay, mi Sanchiña!... Aún recuerdo, tal que si ayer fuese, el día que lleváronte a mis brazos... Eras tan blanca... tan frágil...

SANCHA- Ayúdame a ser fuerte, aya.

SITI- Así es. Dite la leche de mis pechos...

SANCHA- (Con ternura.) Y la miel de tus consejos, nodriza.

SITI- Pues entonces, escúchame también ahora. (La vigorosa voz, desgrana con firmeza sus dictámenes.) Tu hermano Vermudo cumplió la mayoría de edad y tomó el mando en León.

SANCHA.- ¿Entonces, Urraca?...

SITI.- La regente fue desplazada en sus atribuciones. ¿Comprendes, Sancha? La autoridad es ahora de Vermudo. Es él quien pídete que marides con Fernando, el hijo de Sancho. Ello ayudará a recuperar las tierras en litigio...

SANCHA.- (**Renovando su furia.**) ¡Está claro, mi hermano me vende junto con las tierras!... ¡Como si yo fuese ganado!

SITI.- Dijiste que me escucharías. (**SANCHA parece calmarse.**) Yo ya soy vieja. Pronto estos ojos cerráranse... Un día, en la lejana Galicia, revelete muchas cosas... Cosas oscuras que tal vez no recuerdes. La luna fuera testigo de mis palabras. Testigo e inspiradora... Hoy no hay luna, León no es Galicia y tú no eres una niña. Pero aquellas palabras alumbran hoy con tanto vigor como aquella noche... Escritas están en las estrellas, Sancha... Nada puedes hacer sino seguir sus designios.

SANCHA.- ¿Entonces...?

SITI.- Sí, mi niña. Dicho está y escrito y rubricado en los libros del cielo. Enjuga tus lágrimas y acalma tu ira, porque tu hora es llegada. (**Premonitoria.**) Una gran catedral te recibirá con todas sus luminarias encendidas... La desposada ha sido pedida por segunda vez... Un pequeño exilio y un gran retorno... Estruendo de batalla y aclamaciones de palacio...

SANCHA.- ¿Estarás tú a mi lado?

SITI.- No, Sancha... Al menos no de este modo. Pero siempre que me necesites... encontrárasme en tu corazón.

SANCHA.- (**Tristísima.**) El campo cubrió su cabeza esta noche con un velo blanco. Será mi velo de desposada con la muerte.

SITI.- No, Sancha, la tierra extiende esta mañana un blanco tapiz para tus pies de princesa.

SANCHA.- No quiero pecar de soberbia negándome a acatar los designios de Dios.

SITI.- Los designios de la Naturaleza, neniña, de la madre Naturaleza. (**Animosa.**) Y ahora, vamos a reparar todo este estropicio. ¡Buena la hiciste!...

(Recogen los pedazos de loza, las monedas y los objetos esparcidos.)

SANCHA.- ¿Es cierto que mi hermano tiene establecida una alianza con los normandos?

SITI.- Así es, Sancha.

SANCHA.- ¿Cómo es posible?... ¡Con los mismos demonios encarnados que no cesan de asolar nuestras tierras!

SITI.- Gobernar conduce a veces a saber tejer con hilos muy diversos... Ya lo irás aprendiendo.

SANCHA.- Creo que nunca aprenderé, si tú no estás a mi lado para enseñarme.

SITI.- ¡Ay, Sancha...! No será preciso. La vida... la vida te enseñará...

(Las palabras de la anciana SITI traen las tinieblas, que se abren como un abismo ante el inminente futuro de SANCHA. El negro monje se lleva a SITI y SANCHA comprende que esta es la última vez que verá a su nodriza.)

Escena XI

Parto y Sancho toma León

Gemidos de parto. En su aposento de Burgos, SANCHA se dispone a dar a luz su primer hijo. Atendida por una partera y por su criada BASILISA, que corre trayendo agua caliente y paños.

SANCHA.- ¡Basilisa! ¡Basilisa!

BASILISA.- Aquí estoy, señora.

SANCHA.- Basilisa es nombre de reina... ¿Acaso tú eres la reina?... ¿Quién te dio ese nombre?... ¡Ahhh!

PARTERA.- ¡Empujad, doña Sancha, por Dios!

BASILISA.- Basilisa me pusieron mis padres. Es nombre corriente en Burgos, señora. Así también se llamó mi abuela...

SANCHA.- ¡Estirpe de reinas!... Queréis arrebatarme la corona, pero os equivocáis... Aquí está mi heredero.

PARTERA.- No sale. Empujad más.

SANCHA.- ¡No puedo!

PARTERA.- Haced un poder, señora. (A BASILISA.) ¿Le pusiste al cuello la piedra del águila que te dije, para ayudar al parto?

BASILISA.- Y aun le coloqué el ceñidor milagroso de Santa Margarita de Antioquía...

PARTERA.- ¡Serás boba, muchacha! En su estado precisa estar libre de toda atadura. ¡Presto! ¡Retíraselo!

SANCHA.- (A BASILISA.) ¡No me toques!... Quieres arrebatarme a mi heredero...

PARTERA.- La cosa está poniéndose fea. Si no consigue empujar, la criatura se asfixiará y tendremos que sacarla a pedazos para salvar a la madre.

SANCHA.- ¿Dónde está la luna?... ¿Dónde estás, para vigilar este nacimiento?... Este es un mal augurio. Partera, ¿llamaste al catador de augurios?... ¿qué dijo?... (Las mujeres se miran preocupadas.) El niño nacerá muerto... O si no, morirá después... Lo sé... ¡No me preguntéis por qué! (Aterrada.) ¿Cómo sé que pariré un niño humano?... ¿Por qué no ha de ser una ternera... o un lobo?... ¡Ahhh!

PARTERA.- (A BASILISA.) Es cosa de primerizas. Siempre la misma cantinela.

BASILISA.- Yo no querré parir nunca.

PARTERA.- ¡Serás insulsa!... ¡Ya verás cuando tengas siete u ocho!... (Insinuante.) Con sus tantos retozar...

BASILISA.- ¡La Virgen me ampare!

SANCHA.- ¡Ahh!... Los infieles quieren robarme a la criatura... ¡No os dejaré!... Antes prefiero morirme... y mi hijo conmigo... (Tiritando.)

PARTERA.- (A BASILISA.) Vamos, muchacha, atiza el brasero. Remueve el cisco con la badila... ¿No ves que el cuarto está helado?

SANCHA.- ¿Por qué apagasteis el candil?... Quiero bordar... y no veo los hilos... No, mejor haré punto de cruz... No puedo ni empujar la aguja... ¡Qué cansancio, Virgen Santa!...

PARTERA.- (**Calentándose en el brasero.**) En Burgos los inviernos son heladores y los veranos polvorientos.

SANCHA.- ¿Qué es Burgos?... ¿Dónde está Burgos?...

BASILISA.- (**A SANCHA.**) Estáis en su castillo, señora. (**A la PARTERA, que continúa en el brasero.**) ¡Haced algo!... ¿Va a morirse mi señora?

PARTERA.- ¡No lo quiera Dios!... ¿Le diste más legumbres estos días, como te dije?

BASILISA.- Sí que lo hice.

PARTERA.- ¡Muy bien hecho!

BASILISA.- Pero la condesa doña Sancha no quiso probar bocado.

PARTERA.- ¡Serás sandia! Tuviste que insistir. O en su caso, haberle dado a tomar infusiones de menta y romero, para vencer la debilidad.

BASILISA.- Yo no sabía tal...

SANCHA.- ¡Vuelven a atacar los infieles!... ¿Quién marcha a su cabeza?... ¡Es Sancho!... ¡El suegro infame!... ¡Ahhh! ¡Ya llegan!... ¡Ya toman León!... ¿Dónde está Vermudo?

PARTERA.- (**Santiguándose.**) ¡Dios nos valga! Tal parece que hablaron los demonios por su boca... Esta misma mañana llegó a Burgos la noticia.

BASILISA.- ¿Qué noticia es esa?... ¡No me asustéis!

PARTERA.- El rey navarro ha entrado en León con sus tropas. Vermudo, el leonés, huyó a refugiarse a Galicia.

SANCHA.- ¡Ya empujan las maderas!... ¡Ya quieren entrar!... ¡Ya derriban las puertas!

PARTERA.- (**Afanándose con el que va a nacer.**) Ya está llegándose.

SANCHA.- ¡Entró el usurpador!... (**Grito desgarrador.**) ¡Ahhhhhhhh!...

PARTERA.- ¡Salió la criatura!... ¡Gracias a Dios! (**A BASILISA.**) ¡Muchacha, presto, trae los paños y la jofaina!

(Llantos de recién nacido. SANCHA se reanima a duras penas, pero continúa atrapada por sus pesadillas.)

SANCHA.- ¡Ya entró! ¡Ya entró en León!

BASILISA.- ¡Ya salió, señora!

PARTERA.- (Mostrándole al recién nacido.) Aquí está, doña Sancha... Lo habéis conseguido... Vuestro primer hijo.

BASILISA.- Mirad, señora, es una niña... ¡Qué blanca es y qué hermosa!

SANCHA.- (Mirando a su hija con ternura.) Una niña... **(Volviendo el rostro.)** Las reinas no tienen hijos... tienen herederos. Comunicádselo a Fernando.

BASILISA.- Sí, señora, ahora mismo.

PARTERA.- Dejémosla descansar... Ha sido un parto difícil.

BASILISA.- El conde va a alegrarse con la noticia.

PARTERA.- (Lavando sus manos.) En los tiempos que corren, mejor recibido habría sido un varón...

SANCHA.- Todos son reyes... Hasta los infieles de las taifas... Hasta el hijo de la barragana en Aragón... Todos... Todos menos nosotros...

PARTERA.- (A BASILISA.) Anda, ve y comunícalo a la Corte. Nació la joven condesa castellana.

SANCHA.- ... Pero algún día Castilla se levantará... Y el condado tornará imperio...

(Sale la PARTERA con SANCHA. BASILISA coge en sus brazos a la criatura y la acuna para que cese su llanto. La oscuridad se va llevando los sollozos en sus fríos brazos de Enero.)

Escena XII

Sancho es asesinado

BASILISA acuna en sus brazos a la pequeña URRACA, que tiene año y medio. Le canta canciones castellanas y juega con ella, buscándole las cosquillas.

BASILISA.- Una, done, tene, catone,
quine, quinete,
estaba la reina
en su gabinete;
vino Gil,
rompió el barril,
barril, barrilón,
cuenta las veinte
que las veinte son.

(La niña se ríe y BASILISA contenta sigue cantándole.)

¿Te gustan mis cantos, Urraca? Pues, escucha, que este aún es más bonito.

Corderito...
-Beeee.
-¿A dónde fue tu madre?
-A pacer.
-Y si viene el lobo...
¿qué vas a hacer?
-Padecer, padecer, padecer.

(Como BASILISA imita el balido del cordero y la voz asustada por el miedo al lobo, la NIÑA URRACA ríe entusiasmada.)

¡Ay, niña Urraca, qué bonita eres! ¡Ya cumpliste un año!... Y parece que fue ayer... ¿Sabes que eres hija de una reina?... Tu madre te quiere mucho. ¿Qué por qué no te mece en sus brazos?... No te desveles tú, tesoro... Yo sé que te quiere, ¿cómo no va a quererte, si eres el sol y la luna?... ¡Ay, qué diera yo por tener un galopín como tú?

(Un soldado que la ha estado observando, le sale al paso.)

GUMERSINDO.- Será porque tú no quieres... reina mora.

BASILISA.- (Desconcertada.) Gumersindo... ¡Aparta ahí!

GUMERSINDO.- Sabes que te quiero bien...

BASILISA.- ¡Calla, desvergonzado!... Si aun ni mi nombre sabes.

GUMERSINDO.- Lo sé todo de ti, muchacha. Basilisa es tu nombre y tu oficio camarera de doña Sancha.

BASILISA.- Mucho sabes tú...

GUMERSINDO.- Más me gustaría saber. (Seductor.)

BASILISA.- Ando con prisa. (Intentando irse.)

GUMERSINDO.- (Deteniéndola.) ¿Dónde vas, Basilisa? ¿Acaso no sabes que hoy no estará tu señora para nada?

BASILISA.- No me asustes, Gumersindo...

GUMERSINDO.- Recién llegó la noticia al patio de armas. El rey navarro ha sido muerto en tierras de Asturias.

BASILISA.- ¡La Virgen me valga!

GUMERSINDO.- Fue a Oviedo a visitar el Arca de las Reliquias, buscando curación para sus males, y allí le estaba esperando la muerte. (Rodeándola con sus brazos.) Pero, no temas tú, mi princesa... Que a ti nada va a pasarte... Está aquí tu Gumersindo...

BASILISA.- (Dejándose regalar los oídos.) Mira, Gumersindo, que no fío de los hombres...

GUMERSINDO.- Fía sólo de mí, Basilisa... Qué cuello tan blanco... y qué senos... Te compraré una gargantilla para que la luzcas en la fiesta del Santo.

BASILISA.- Zalamero... Tendrás tú con qué comprar...

GUMERSINDO.- Tengo mi soldada. Por cinco sueldos se compra un buey en el mercado. ¿Prefieres un buey tú, bien mío?...

BASILISA.- **(Dejándose seducir.)** Que me dejes, bobo...

GUMERSINDO.- Mientras te decides entre el buey o la gargantilla, toma este presente. **(Saca del bolsillo una taba.)** Toma, mi dueña. Es de un carnero de la mejor calidad. Al menos eso me dijeron. Me servía de entretenimiento en mis largos servicios. **(Besándola.)** Pero, ahora ya no precisaré de otros entretenimientos, más que pensar en tu boca... **(Oye pasos que se acercan. BASILISA sigue arrobada.)** Ya nos encontraremos. Alguien viene y no deben hallarme fuera de mi guardia.

(Se va raudo GUMERSINDO. BASILISA queda meciendo complacida a la pequeña URRACA y dejándose mecer por las recientes promesas de GUMERSINDO. Canta.)

BASILISA.- Yo tengo un mozo

que sabe arar

y arcajar

y dar la vuelta

a la redonda

y esta mano

que se esconda...

(Aparece FERNANDO acompañado de su amigo y consejero NUÑO ÁLVAREZ. Les sigue, como una sombra, el negro monje de la muerte.)

FERNANDO.- Así pues, Nuño, ¿qué piensas del asunto?

NUÑO.- Traición fue, qué duda cabe, lo que acabó con la vida de vuestro padre.

FERNANDO.- **(Descubriendo a BASILISA con URRACA en brazos.)** Aquí tenemos a la joven condesa.

NUÑO.- Querréis decir, infanta, majestad...

FERNANDO.- Llevas razón, Nuño. Olvido que ahora Castilla es un reino... Y yo su rey.

NUÑO.- Se parece a vos, Fernando. Nadie puede negar que es hija vuestra.

FERNANDO.- Nunca se me ocurrió que alguien pudiese pensar otra cosa.

NUÑO.- Disculpad, señor. Quería decir...

FERNANDO.- Discúlpame tú, querido amigo. Estoy trastornado con la muerte de mi padre. (A BASILISA.) Puedes retirarte. Y dile a la reina que hoy no me llegaré a yantar.

(BASILISA se retira con una reverencia. Ambos hombres quedan solos con la presencia del monje de la muerte.)

NUÑO.- Fernando, debéis hacer por comer. La vida sigue. Es ley de Dios...

FERNANDO.- ¿Es ley de Dios que un soldado matase a traición a mi padre?... ¿No es acaso más bien ley de los hombres?

NUÑO.- Debéis reposar. La debilidad no es buena consejera. Precisáis sobreponeros. La tarea del gobierno es agotadora y se necesita mucha energía para acometerla.

FERNANDO.- Y mucha astucia para mantenerla...

NUÑO.- Ahora hay que preparar el sepelio.

FERNANDO.- Será enterrado en Oña, como él así lo dispuso. Yo también quiero hacer mis disposiciones, Nuño. Cogerás cálamo y papel y escribirás que yo, Fernando I, rey de Castilla, dispongo que a mi muerte mis restos sean enterrados en el monasterio de Arlanza.

NUÑO.- No penséis, mi señor, en muertes. Sois joven...

FERNANDO.- Déjame hoy, amigo mío, pensar en muertes y en moridores... **(Saliendo ambos.)** Mañana y a no habrá tiempo... Resta mucho por hacer. Hay que acabar con esta sequía, construir puentes, trazar caminos, firmar treguas, aparejar batallas...

(Salen ambos, seguidos por su sombra luctuosa. Las palabras y las pisadas se pierden en los corredores luctuosos, que las acogen en su frío seno.)

Escena XIII

Se viste para ver a su hermano

SANCHA, ayudada a vestirse por BASILISA, se prepara con sus mejores galas para ir a León a visitar a su hermano y solicitarle las tierras del Cea. Al fondo se oyen cantos polifónicos.

SANCHA.- Nuestro abuelo, Vermudo el Segundo, fue un licencioso. No sé si este Vermudo habrá heredado sus vicios... ¡Jesús, qué frías están estas enaguas!... ¿Sabes Basilisa que tenía dos mujeres legítimas y dos barraganas... que además eran hermanas entre sí? A ti te cuento esto como amiga. Aunque sé que no es un secreto.

BASILISA.- Algo oí.

SANCHA.- Sé lo que todos sabéis... Es mi tarea, ¿no? ¿Qué más se dice en Burgos?

BASILISA.- Dicen que, por sus pecados, Dios castigó a León con un azote de hambruna y pestilencia. La tierra no podía ararse ni sembrarse...

SANCHA.- Eso ya son supercherías, Basilisa. ¿Qué pasara entonces en la Mauritania, donde todos los hombres son licenciosos por costumbre?... ¿Serían entonces sus tierras desiertos?... Anda, alcánzame el jubón.

BASILISA.- ¿No gustaríais antes, señora, de tomar un baño caliente, como escuché que hacen los dichos mauritanos?

SANCHA.- ¡Quita, quita!... Con este frío... Alcánzame mejor los frascos de esencias.

(BASILISA la perfuma, aspirando con deleite el aroma.)

BASILISA.- Huele tal que las rosas...

SANCHA.- ¡Échate unas gotas, mujer!... No precisas que yo me vaya para hacerlo.

BASILISA.- (**Turbada.**) Señora...

SANCHA.- Dame la saya de brocado. Vestiré mis mejores galas y atavíos, para conseguir endulzar los ojos y el corazón de mi hermano. Acompáñanme un grupo de cantores. ¿Oyes como se preparan? (**BASILISA escucha y asiente.**) Quiero regalar los oídos de Vermudo con estos nuevos cantos a la usanza. Que vea que la batalladora Castilla va en son de paz.

BASILISA.- (**Vistiéndola.**) Es un son muy bello.

SANCHA.- (**Divertida.**) Sí, Basilisa, la paz suena con más armonía que el choque de las espadas. Nací infanta de León. Reina de Castilla sólo soy por accidente. Quiero a mi hermano y me gozo en volver a visitar León... Aunque sea para esta encomienda.

BASILISA.- Vais muy convencida de que él aceptará de grado...

SANCHA.- No tiene por qué negarse. (**Irónica.**) Ahora Vermudo quiere las tierras del Cea y el Pisuerga junto con las que me vendió. Pues si las tierras vinieron conmigo, conmigo se quedan, más son. Es cosa de razón. Pues que él nos vendió a ambas, indisolubles somos. Sancha soy, una parcela de tierra coronada.

BASILISA.- Habláis muy agriamente de vuestro hermano.

SANCHA.- No, Basilisa, te equivocas. Iré a verle y le hablaré con la mayor dulzura. Amo a Vermudo. Quiera Dios que entre en razón... ¡Aviva, muchacha! ... ¡Ay! Mejor me hubiera ido tomando a mi servicio una de esas criadas mauregatas, como aquella Mariame que me ofreció el rey de Sevilla y que yo no quise aceptar y envié de nuevo con los suyos, al sur... Diome pena verla tan sufriendo con estos fríos. Ve a buscar los aderezos de oro que guardo en la arqueta. ¡Vamos, aprisa! (**BASILISA sale. SANCHA aún la reclama a voces.**) ¡Y tráeme las unturas para blanquear la cara! (**Pasea nerviosa por la sala.**) ¡Ay! Si yo pudiera adentrarme en ese pozo profundo y oscuro del corazón de Vermudo... Si pudiera empinar me al brocal... Si me atreviera a asomarme al negro azogue... Si me bañara en sus aguas... (**Se detiene y se deja llevar por la evocación de tiempos más dulces.**) Pedírele montar su caballo Pelayuelo... Como hace ya tanto tiempo monté sobre el propio lomo de Vermudo... Cuando aún yo era mayor que él... Cuando él aún me obedecía en todos nuestros juegos... Dicen que los antiguos ponían su felicidad en el juego, que estimaban tanto una corona de olivo o laurel cual otra de oro o plata... Estos son otros tiempos, tiempos nuevos... y otros nuevos juegos... y pillerías...

BASILISA.- (Entrando.) Aquí está señora el albayalde. Y aún os traigo el palo de cereza para los labios.

SANCHA.- Bien está. Y ahora, dame mi alfiniame negro. Quiero parecer respetuosa y respetable ante los ojos de mi hermano.

Escena XIV

Reencuentro de Sancha y Vermudo

Suenan las campanas. León y su hermano la esperan con los brazos abiertos. Fiesta en la corte leonesa.

VERMUDO.- ¡Sancha!

SANCHA.- ¡Hermano! **(Abrazándose.)** Tu voz ha tornado fuerte y recia.

VERMUDO.- Como los aires de estas tierras.

SANCHA.- (Emocionada.) Vuelvo a León.

VERMUDO.- Aquí naciste.

SANCHA.- (Para sí.) Y aquí moriré. **(Dando orden para que comiencen a cantar los músicos que la acompañan.)**

VERMUDO.- (Da seña para que comience la fiesta Aparecen criados con vino y presentes.) Hermana, mandé traer para ti estas sedas de Al-Ándalus... Estos brocados de Damasco... Esta Biblia carolingia...

SANCHA.- (Para sí.) Si yo supiera leer...

VERMUDO.- Este arco de la Iliria...

SANCHA.- (Complacida.) Me placen tus regalos... Pero tú sabes que vine en busca de otro presente.

VERMUDO.- Es hora, Sancha, de olvidar viejas disputas...

SANCHA.- (Cortándole.) ¿Llamas viejo a lo que acabas de arrebatarlos? **(Con cariño.)** Está bien que esas tierras separen León de Burgos. Pero, ¿crees que deben separar también a la hermana del hermano?

VERMUDO.- Hay muchas tierras al sur.

SANCHA.- No he venido a reclamar las tierras del infiel... sino las del cristiano.

VERMUDO.- (Irritado.) Sancha, ya no eres mayor que yo. Ya no puedes mandarme en estos juegos. **(Conciliador.)** Dejemos en paz esas tierras que sólo han servido para sembrar cizaña.

SANCHA.- Yo me ocuparé de sembrar la simiente apropiada.

VERMUDO.- (Riéndose de SANCHA.) ¡Ay, Sancha, Sancha! Componedora de componendas...

SANCHA.- Llevas razón, Vermudo. **(Derrama el vino de su copa o arroja el arco con el que jugueteaba.)** Lo que pronto se obtiene, en poco se tiene. **(Sarcástica.)** Un rey torpe es mil veces peor que un pueblo apasionado.

VERMUDO.- (Plantándole cara.) Mucho corre la liebre, pero más el galgo que la prende.

SANCHA.- (Se despide amenazante.) Guárdate del enemigo que llevas en ti y contigo.

(SANCHA emprende el camino de vuelta a Burgos. En mitad se dirige a la luna.)

SANCHA.- Tú, luna menguante. Sólo traes enfermedades y muerte. Es nuestro destino. Ni tú ni yo podemos rebelarnos contra él.

Escena XV

Se viste para ir a la guerra

Suena el cuerno llamando a la guerra contra León. SANCHA cambia sus ropajes de dama por atavíos de guerrero, ayudada nuevamente por BASILISA, que ahora está preñada, a punto de parir.

SANCHA.- Cambiaré mis cendales bordados con hilos de oro por las mallas de áspero metal... Las fíbulas de mi ceñidor por el cinto de los fierros. Que mis afeites sean el polvo levantado por los cascos de los caballos. (A BASILISA.) Alcánzame la loriga. (**Vistiéndose.**) Rotas las negociaciones, no nos resta más que acudir al Juicio de Dios... Que Él dirima de qué lado está la justicia. (BASILISA **tiene arcadas y parece que va a vomitar.**) Poca presencia de ánimo tienes, Basilisa. ¿Acaso no has visto la muerte y la sangre, como cualquier nacido?

BASILISA.- Claro que sí, señora. Mi abuelo fue capador de cerdos. Capó a la mitad de los gorrinos de los contornos.

SANCHA.- Pues siendo nieta de un insigne capador de cerdos... ¿Qué diferencia hallas entre los cerdos y los hombres?

BASILISA.- Señora... (**Queda muda.**)

SANCHA.- Callas, porque no sabes qué responder. Mira, Basilisa, el puerco es degollado para que el hombre lo coma y sobreviva un largo invierno... El hombre, para que otros hombres sobrevivan el largo invierno de la vida... ¡Vamos, ajústame este cinto! Quiero ir bien prieta para el combate.

BASILISA.- Combatiréis contra vuestro hermano...

SANCHA.- El godo Eurico, ¿no subió al trono tras asesinar a su hermano Teodorico? Después publicó el primer Código de Leyes godo, que contribuyó grandemente a elevar la cultura de nuestro pueblo. Dime entonces, Basilisa, ¿hago mal en seguir los pasos de mis antepasados?...

SANCHA.- No sé qué responderos...

SANCHA.- ... ¿En continuar las tradiciones?... Hoy es segunda feria. Tenemos tres días antes de que comience la Tregua. (**Riéndose.**) ¿Oíste hablar, Basilisa, de esa curiosa Paz de Dios?... A partir de la cuarta feria y hasta la segunda siguiente hay que abandonar las armas. Sólo se puede luchar contra los sarracenos... ¡En fin! Con tres días me basta y sobra para tomar lo que me corresponde. No seré juzgada por ningún Tribunal de la Paz... El resto callará y me absolverá.

BASILISA.- (**Mirándola arrobada.**) ¡Qué galana estáis, señora! El día de mañana, andaréis en las romanzas.

SANCHA.- Y tú, qué gorda, Basilisa. Anda, deja, no sea que malparas antes de tiempo. Ya me abrocharé yo... ¿Y quién es el padre?

BASILISA.- Gumersindo, señora. Es heridor de espada.

SANCHA.- Y heridor de hembras asustadas, como tú. ¡Buen soldado es ese!

BASILISA.- Es un bravo soldado, señora.

SANCHA.- Bien, pues ahora tendrá ocasión de demostrarlo. Las tropas de mi hermano están bien pertrechadas... Vermudo es valiente. Nos espera una dura batalla... Pero, contamos a nuestro lado con García, el cuñado, para luchar hombro con hombro. Castilla y Navarra unidas contra León.

BASILISA.- **(Tocándose el vientre.)** Quiera Dios que volváis todos con bien.

SANCHA.- Dios está con los fuertes, no lo olvides. Y seca esas lágrimas, muchacha, que yo te traeré a tu Gumersindo sano y salvo.

BASILISA.- La Virgen os oiga, doña Sancha.

SANCHA.- Me oirá, Basilisa... Pienso gritar muy fuerte.

BASILISA.- **(Casi sin atreverse a preguntar.)** ¿No tenéis miedo, señora?

SANCHA.- **(Tras un breve silencio.)** Claro que tengo miedo. ¿Quién no tiene miedo?... La guerra es espantosa. Tengo terror... a morir... y a matar. Pero, aunque no soy valiente, Basilisa, debo aparentarlo. ¡Qué ejemplo sería ese para mis soldados! ¿Qué diría tu Gumersindo de su reina?...

BASILISA.- Señora...

SANCHA.- Un consejo te doy, amiga mía... No importa lo que seas... Sino lo que los demás crean que eres. Así es como se gana la batalla de la vida. Y ahora, acércame la espada. No debo retardar el momento. **(Para sí.)** Es preciso apurar el cáliz amargo... Una reina no puede dejarse conmovier... Una reina no es tal hasta que aplica la justicia con su mano. **(Acariciando su espada.)** Yo enmendaré el agravio de Vermudo... Jugaremos ahora a otros juegos... Juegos de sangre.

BASILISA.- (Asomándose a la ventana.) Señora, en el patio de armas y a están aparejados los hombres... Acá están los arqueros... Más allá, los lanceros... Mirad como relumbran las cruces y las albandas... Tal parecen de oro... Gloria da verlo... Mirad, mirad como se agitan los pendones castellanos... ¡Qué estampa lucen los caballeros de realce! (**Excitada.**) Y allí veo a mi Gumersindo... Parece que me hace una seña...

SANCHA.- ¡Anda, mujer, ve y abraza a tu hombre! Deja que se despida de ti y de la criatura.

BASILISA.- Sí, señora; ya voy, señora.

(**BASILISA sale rápidamente. SANCHA queda sola, contemplando la escena del patio de armas. Con parsimonia va ajustándose el capacete en la cabeza, hasta que el uniforme de guerra está completo.**)

SANCHA.- Entre Vermudo y yo nació una negra discordia, semillero de todos los males. En fiera lid lucharemos. No hay guerra que no se pueda ganar, ni reino que no se pueda perder... Ni gloria perdurable. Después, que haya eterno descanso para quien lo merezca. Y en tanto, hablar, hablar, hablar... retrasar la hora de la acción... de la decisión... El tiempo atroz del silencio...

(**El estruendo de la batalla va creciendo, fundiéndose con la negrura que habita el corazón de SANCHA.**)

Escena XVI

Batalla de Tamarón

Tras un eterno silencio, poco a poco las palabras van saliendo de la boca de SANCHA y de VERMUDO. Ambos se aprestan al enfrentamiento fratricida, dirigiéndose al campo de batalla.

SANCHA.- Ya los dos ejércitos nos miramos a lo lejos...

VERMUDO.- Nuestras armas deslumbrantes...

SANCHA.- Más acá de la frontera de los cántabros...

VERMUDO.- Nos miramos a lo lejos...

SANCHA.- Sus ojos clavados en los míos, preguntando...

VERMUDO.- ¿Por qué?...

SANCHA.- ¿Acaso me lo preguntas a mí, hermano? ¡Qué sé yo del porqué de las cosas!

VERMUDO.- Un rey no es un poeta...

SANCHA.- Lleno de audacia...

VERMUDO.- Un rey no se hace preguntas...

SANCHA.- Clava el aguijón a la espuela... Su caballo Pelagiolo comienza a galopar acercándose a nosotros. **(VERMUDO y SANCHA avanzan enfrentados con lentitud densa y amarga.)** Sus ojos azules galopando cada vez más cerca...

VERMUDO.- ¿Por qué, por qué, por qué?...

SANCHA.- Sus ojos abiertos...

VERMUDO.- ¿Por qué, por qué?...

SANCHA.- Detenidos en mitad del campo de batalla...

VERMUDO.- ¿Por qué?... **(Ambos llegan a encontrarse. Se contemplan durante unos instantes atroces. SANCHA arranca la insignia leonesa. El estandarte de VERMUDO se desploma.)**

SANCHA.- La pregunta cae herida de muerte. El polvo del suelo se la traga. La tierra sedienta se bebe su sangre... Hermano. Cómo duelen tus ojos abiertos. ¡Cómo duele el recuerdo!... Si yo pudiera arrancarlo de mí...

VERMUDO.- **(Alejándose hacia su tumba, llevado por los dos sombríos monjes.)** No puedo responderte, Sancha... Porque no estoy aquí. No sé dónde estoy... No sé qué fue... ¿Por qué esta fatiga, este sueño?

SANCHA.- Fue la muerte acerba, a quien ningún mortal pudo vencer...

(Aparece FERNANDO, que arranca la corona de la cabeza del derrotado VERMUDO, que desaparece entre las tinieblas, acompañado por sus mortales carceleros.)

Escena XVII

Coronación

Aparece FERNANDO en un extremo de la estancia donde se encuentra SANCHÁ. Aunque no la ve. Toda su atención se centra en la corona que pronto ceñirá. La lleva entre sus manos y le habla.

FERNANDO.- Dentro de unos momentos cabalgarás mi cabeza como el mejor de los corceles... Emperadores de León... ¡Cuánta sangre cuesta la vida!... **(Camina hacia el centro de la estancia.)** Nací hijo segundón, me adiestré para un futuro incierto, quizá en un lejano condado pirenaico... Y aquí estoy. **(Llega al centro. SANCHÁ se retira para dejarle el protagonismo. FERNANDO contempla al público y les habla.)** Magnates de la Hispania, obispos, abades, condes y nobles varones leoneses... Me veis como al hijo de Sancho el Navarro, el que conculcó los derechos de Vermudo... vuestros derechos... O, aún más, me veis como al matador de Vermudo en Tamarón. En ambos casos, como a un rey extranjero, que no puede ostentar otros títulos que los de rey consorte. **(Mirando a SANCHÁ, que permanece en un prudente segundo plano.)** Pero... Está Sancha. Apreciada y admirada por vosotros, su pueblo leonés... Sancha será la sabia inspiradora de la política de su marido... Sancha logrará, con su trato exquisito, limar las asperezas de este navarro hosco y esquinado que se sienta en el trono contra toda corriente. Sancha será la llave de Fernando para abrir León. **(SANCHÁ avanza hacia FERNANDO, ocupando ahora ambos el centro de la escena, bañados por una luz que parece venir de los cielos para bendecirles.)** Sancha Alfónsez y Fernando Sánchez... emperadores... por la gracia de Dios.

(FERNANDO se coloca la corona en la cabeza. La luz se va apagando, mientras suenan potentes las fanfarrias de los fastos de la coronación.)

Escena XVIII

Apocalipsis y ajedrez

En la cámara de SANCHA. CIPRIANO, obispo de León, lee a la reina una página del Apocalipsis miniado del Beato de Liébana.

CIPRIANO.- (Leyendo.) «Vi un cielo nuevo y una tierra nueva, porque el primer cielo y la primera tierra habían desaparecido, y el mar no existía ya. Y vi la ciudad santa, la nueva Jerusalén, que descendía del cielo del lado de Dios, ataviada como una esposa que se engalana para su esposo...»

SANCHA.- Siempre quise saber leer... De todos modos, Cipriano, suena tan hermoso en tus labios... **(Contempla las miniaturas.)** ¡Qué espléndidas láminas!

CIPRIANO.- Facundo ha realizado un magnífico trabajo.

SANCHA.- (Queda absorta unos instantes, embelesada con la magnificencia de las ilustraciones.) Juguemos al ajedrez.

CIPRIANO.- Si os place, señora...

SANCHA.- Me place. **(Llamando a los sirvientes para que dispongan el tablero.)** Aunque digan que este es juego de hombres y no de damas. Más aún, que los jugadores de tablas son viajeros impredecibles de vida agitada, engañosos y retorcidos. Me gusta el ajedrez. ¡Qué mejor forma de aliviar el hastío guerrero en estos intervalos de paz!

(Los sirvientes preparan el ajedrez.)

CIPRIANO.- (Cogiendo una pieza y observándola con detenimiento.) Es una fina talla. Podría competir con las de Carlomagno, enviadas por Harún-al-Rashid, según se cuenta, elaboradas con los colmillos de su elefante predilecto.

SANCHA.- Nunca oí esa historia. ¿Es un relato franco?

CIPRIANO.- Germánico, señora. ¿Deseáis las blancas o las negras?

SANCHA.- Me es igual, Cipriano. Sea cual sea mi insignia, pienso ganarte igualmente.

(Ambos ríen y comienzan a jugar.)

CIPRIANO.- Tengo entendido que no deseáis tener más hijos.

SANCHA.- Has oído bien, Cipriano. La tarea del gobierno exige demasiada dedicación.

CIPRIANO.- No olvidéis, señora, que los hijos los da Dios. Y vos sois aún joven.

SANCHA.- A mí ya me ha dado cinco: varones y hembras. **(Pensativa.)** A veces, Cipriano, me siento tan joven como dices... Otras creo que ya he vivido tanto... ¿Será que me encuentre sola?

CIPRIANO.- La soledad, señora, es una puerta abierta a Satanás.

SANCHA.- Tengo treinta y tres años.

CIPRIANO.- La edad de Cristo...

SANCHA.- La edad en que una mujer ha cumplido sobradamente su misión. Además, no hay tantos reinos para repartir. **(Sombría.)** No me gustaría ver a mis propios hijos luchando entre sí. Eso es harto doloroso para una madre. Espero que cuando disputen yo ya haya dejado este mundo.

CIPRIANO.- Los infantes son ejemplo de virtud. ¿Qué podéis temer?

SANCHA.- Son tan diferentes... Urraca a sus doce años se ocupa de su hermano Alfonso de seis, como una madre. Este amor extremo entre Urraca y Alfonso... ¿Dónde conducirá este amor?...

CIPRIANO.- Toda pasión desmedida trae desdicha. Os como un peón.

SANCHA.- **(Continua ensimismada.)** Sancho, de nueve, se cría inseparable de ese ¿cómo se llama?... Rodrigo Díaz de Vivar que llegó a la corte... Luego están Elvira y el más pequeño, García.

CIPRIANO.- Os toca mover a vos.

SANCHA.- No tengas prisa. La vida es breve, querido obispo. ¿Por qué afanarnos en correr en pos de la muerte?

CIPRIANO.- La muerte es la única certeza, señora.

SANCHA.- Tal vez tengas razón. Y nosotros levantando fortalezas de mampostería, haciendo surgir por doquier sólidos castillos, cobrando plazas a los infieles, empleándoles en la construcción de nuestros templos, intentando amasar riquezas y poderes... Que al fin serán patrimonio de los gusanos. Pero, es tan hermosa la vida, tan ardiente mientras dura la juventud...

CIPRIANO.- Reparad que vivimos un mundo caduco. Nuestro tiempo se halla en su edad postrera, en su vejez. «Este mundo de blancos cabellos...», como dijo San Euquerio. La lucha entre el Cordero y el Dragón toca a su fin.

SANCHA.- Bah, bobadas. El fin del mundo ya no es lo que fue. ¿Crees, Cipriano, que en verdad estamos en el fin de los tiempos?... ¿que debemos seguir huyendo de este mundo, anhelando la muerte y manteniendo nuestros espíritus en permanente exaltación religiosa?... ¿Cómo Dios pudo crear tantas maravillas para segarlas en la flor de la mocedad?... Por fin mejoró el clima y aumenta de día en día la población. ¿Puedes decir aún que éste es un mundo acabado?

CIPRIANO.- Atención con la dama...

SANCHA.- Recuerda que las damas tenemos amplio movimiento... Al menos en las tablas. (**Hace su jugada.**) Yo creo que podemos elevarnos hasta lo divino también a través de los sentidos. ¿Has olido, Cipriano, la fragancia de la vega del Bernesga los atardeceres de primavera? ¿Acaso Dios no está ahí? ¿Acaso no es a Dios a quien olemos?

CIPRIANO.- Tened cuidado, majestad... Por ese camino podéis llegar a una herética creencia panteísta. Una cosa es Dios y otra sus creaciones.

SANCHA.- Entonces, ¿por qué adoramos a los santos?... ¿Y las docenas de vírgenes que pueblan cada aldea?... ¿No os estáis contradiciendo?

CIPRIANO.- Señora doña Sancha... No entenderíais los finísimos matices que constituyen el Dogma...

SANCHA.- No soy yo sola. La misma Iglesia parece que no acaba de ponerse de acuerdo... Tres Papas son muchos para esta cristiandad... (**CIPRIANO parece confuso.**) Acabo de comerte un alfil y voy a por el rey.

CIPRIANO.- (**Moviendo sus piezas.**) Enrique III el Negro, rey de Germania, salió para Roma, dispuesto a zanjar el conflicto. Aunque, no sé qué puede hacer un rey terrenal en las cosas de los cielos...

SANCHA.- Jugad, entonces; y hablemos de cosas materiales. De esas y de sus «matices» entiendo perfectamente. No lo dudes, Cipriano.

CIPRIANO.- Cuidado, señora, con la torre. Creo que estáis descuidándola.

SANCHA.- ¡Qué poco me conoces, obispo! Tengo mis caballos bien apostados. Entre ellos, el magnífico alazán que acabas de regalarnos.

CIPRIANO.- Digno de vuestra gracia.

SANCHA.- ¿Acaso no conozco de tácticas guerreras? He oído que me llaman «la heroína leonesa». Juega y defiende tus piezas, no pienses en el enemigo. Aquí no vale la caridad cristiana.

CIPRIANO.- Tenéis razón... ¡Jaque a la reina!

SANCHA.- ¡Cómo! ¿Lo ves, Cipriano? Me distraes con tu cháchara, me haces pensar en otras cosas...

CIPRIANO.- Una mujer que sabe ganar y perder batallas, debe saber perder al ajedrez.

SANCHA.- Espera, no cantes victoria. Si he sido capaz de tomar Calahorra a los infieles, no voy a dejarme vencer por un clérigo leonés. Ya cayó Calahorra. Cómo me gustaría que la próxima plaza sea Elvira... La orgullosa cora que ahora llaman Granada. ¿Sabes, Cipriano, que Granada y yo tenemos la misma edad... treinta y tres años... y que ambas nacimos de una madre Elvira?...

CIPRIANO.- Los designios del Señor son inescrutables.

SANCHA.- Ya tomaron Málaga y siguen expandiéndose. ¿No habrá nadie que les frene?... **(Para sí.)** ¿Seré acaso yo la reina que tome su jugoso fruto...? ¿Será tal vez alguna otra a la que yo precedo y que, de algún modo, llevo ya en mis entrañas...? **(A CIPRIANO.)** Pero, dejemos estas divagaciones hueras y volvamos a nuestro juego.

CIPRIANO.- **(Moviendo su pieza definitiva.)** Mi reina, los obispos también sabemos defendernos en estos campos de batalla... Lo siento, ¡jaque mate!

(La noche cae sobre los jugadores con su manto retinto y melancólico.)

Escena XIX

Misa, preparando Atapuerca

En primer término, en el centro del proscenio, arrodillados sobre dos reclinatorios de madera y terciopelo, oran SANCHA y FERNANDO. Están en la cámara de SANCHA y asisten a la misa a través del arco de medio punto que comunica la habitación del palacio leonés con la basílica de San Salvador. Huele a incienso y a sangre fratricida que invade cada una de las piedras y de las palabras. Suena el *Deus Miserere* mozárabe.

SANCHA.- Dieciséis años han pasado desde la coronación, Fernando... Dieciséis años para que los leoneses te aceptaran como su rey...

FERNANDO.- Han tardado mucho en perdonarme la muerte de Vermudo.

SANCHA.- Te culpaban como exterminador de la dinastía astur... Pero ahora, incluso te titulan El Magno.

FERNANDO.- En eso, esposa, reconozco tu mérito como mediadora. Sin tu ayuda y apoyo, no habría conseguido reinar anchamente en León.

SANCHA.- Aunque siempre firmaste antes como castellano que como leonés. Dios sabrá por qué... Tal vez para ocultar tu origen navarro y extranjerizante...

FERNANDO.- En definitiva, Castilla es más cercana... más nuestra. Allí nos conocimos... Allí comenzamos a crecer...

SANCHA.- Así es, marido. Y ese crecimiento no puede detenerse. Es ley de vida. La criatura está ensanchando, quédanle estrechos los ropajes... Necesitamos ampliárselos... con nuevos paños.

FERNANDO.- ¿Qué quieres decir, Sancha?... Tíenente todos por manantial de prudencia... Mas Dios sabe que eres a veces tan enigmática...

SANCHA.- ¡Qué poco me conoces, esposo!... ¡Qué poco conocéis los hombres a las mujeres! Tú eres como tu padre y seguramente tus hijos serán como tú. Adoráis la forma de la hembra más que la Sagrada Forma. Preferís embestir entrepiernas, antes que atravesar enemigos. Pero, no lográis entendernos. Creéis que nosotras sólo somos carne. Y somos también sangre... Sangre de nuestra sangre.

FERNANDO.- **(Dudando.)** ... Lo que sugieres no me parece la mejor solución.

SANCHA.- ¿Ya no recuerdas Tamarón? Acaso aquella sangre no me dolió. Vermudo era mi hermano.

FERNANDO.- Igual que ahora García lo es mío.

SANCHA.- Tú siempre fuiste noble en la lucha. Pero él es feroz y atrevido, envidioso de ti... ¿Ya olvidaste su intento de traición cuando le visitaste por su dolencia?... ¡Qué flaca memoria tenéis los hombres!

FERNANDO.- ¡Cómo olvidar aquella añagaza que a punto estuvo de costarme la vida en Nájera!... Luego yo hube de corresponderle con la misma moneda.

SANCHA.- García nunca te perdonará que le hicieras encerrar en el castillo de Cea.

FERNANDO.- De donde logró escapar, confabulado con sus carceleros... Tal vez llevas razón, Sancha... Pero, recuerda los ruegos de Íñigo, abad de Oña y de Domingo de Silos, para evitar una nueva guerra fratricida...

SANCHA.- García, envalentonado, amenazó con llevarles a Navarra como rebaño de ovejas.

FERNANDO.- Está reclutando una turbamulta de moros para esa guerra.

(Silencio denso. Tan sólo se escuchan los cánticos religiosos.)

SANCHA.- Elige, Fernando, tu hermano o tu reino.

(Las viejas piedras callan, aguardando la respuesta.)

FERNANDO.- Que Dios nos perdone. Navarra será nuestra.

SANCHA.- Y La Rioja y Nájera y las tierras del Ebro.

FERNANDO.- La sierra de Atapuerca es la frontera de Castilla con Navarra...

SANCHA.- Alta Puerta que nosotros vamos a derribar.

FERNANDO.- Amén.

SANCHA.- Amén.

(Una VOZ se entrelaza con los rezos, desgranando el *LIBER IUDICUM*.)

VOZ OFF.- Cualquiera que violare con conjura o manejo el juramento en pos de la prosperidad de la patria y del pueblo de los Godos, o intentase dar muerte al rey, sea anatemizado y arrójesele de la Iglesia Católica, a la que profanó con perjurio.

Que nadie pretenda la muerte del rey, que nadie le arrebathe las riendas del reino...

FERNANDO.- Hay que apresarle vivo. No más cadáveres cercanos.

SANCHA.- No vivimos solos... Nadie vive solo... Todos vivimos con los muertos.

(La VOZ se alza de nuevo, como un viento abrupto que barre los rezos y las ceremonias.)

VOZ OFF.- Al romper el día, y cuando Titán emergió con sus fulgores de las sombras, formaron los escuadrones y atronaron el cielo con sus clamores. De lejos llueven dardos y de cerca fulguran las espadas. García, atravesado por los aceros, es derribado de su caballo en el hito de piedra que mañana nombrarán: El fin del rey...

(La voz se va perdiendo y las tinieblas luctuosas visten de mortaja el desolado paisaje.)

Escena XX

Segundo juglar

Vuelven los rumores del mercado. Entra nuevamente el JUGLAR, tocando su zanfoña. Ya no es el joven de la primera vez. Ahora su rostro está surcado de arrugas y sus cabellos blanquean.

JUGLAR.- «Ya pasan cincuenta y cuatro
años desde el año mil».
Eso es lo que me dijeron,
por eso lo cuento aquí.
Que aún soy joven está claro,
pues el pelo no perdí,
no me falta ni una muela
ni me falla la nariz,
el oído tengo fino,
escuchen lo que yo oí:

*La cosa parece clara,
mas no se puede decir:
Tres tuvieron que morir
para que Sancha heredara.*

(Huye perseguido por el sayón. Silencio, todo parece volver a la normalidad. Reaparece el JUGLAR, comprueba que el sayón está lejos y recomienza su romance.)

Sancha viste de hombre armado,
lleva coraza de plata
que no se quita del cuerpo
ni cuando yace en la cama.
Espada colgada al cinto,
en vez de cinta de dama.
Reina de las amazonas,
Hipólita la llamaran,
mas no fue tan brava aquella

como nuestra reina Sancha.

*La cosa parece clara,
mas no se puede decir:
Tres tuvieron que morir
para que Sancha heredara.*

La casaron con Fernando,
de Navarra el heredero,
mas su suegro tomó el trono,
gobernando sin derecho.
Sancha logró que un soldado
hundiera lanza en su pecho
y consiguió ser consorte
de don Fernando el Primero.

*La cosa parece clara,
mas no se puede decir:
Tres tuvieron que morir
para que Sancha heredara.*

Ya era reina de Castilla.
Quería también León.
Citó a su hermano Vermudo
y le venció en Tamarón.
Trajo a León su cadáver
e hizo la profanación
de cenar sobre su féretro
antes de la inhumación,

brindando con vino y sangre,
sin lágrimas ni dolor.

*La cosa parece clara,
mas no se puede decir:
Tres tuvieron que morir
para que Sancha heredara.*

Sólo quedaba el cuñado,
la victoria estaba cerca.
García Sánchez de Navarra
era justo que muriera.
Y hace tan sólo unos días
fue matado en Atapuerca.
Ahora Sancha, la sangrienta,
es dueña de Hispania entera...

**(El JUGLAR es interrumpido por la irrupción del sayón, que le
intenta dar alcance para someterle a la prueba caldaria.
Desaparecen ambos en la persecución.)**

Escena XXI

Menopausia. Reyes Hispania

**Cantan los gallos. Es madrugada. BASILISA coge la bacinilla de
SANCHA y mira su interior, mientras SANCHA se recompone las
sayas.**

SANCHA.- (Divertida.) ¿Qué miras, Basilisa, con tanto detenimiento? Anda, ve a tirar esas aguas mayores y trae agua limpia para lavarme los pies. Hoy me encuentro fatigada y dijéronme que ese es buen remedio.

BASILISA.- Señora, ¿ya no sois mujer?

SANCHA.- ¿Qué dices, boba?... Yo nací mujer y mujer seré hasta que me muera.

BASILISA.- Hace ya tiempo que no tenéis vuestros días...

SANCHA.- La naturaleza así lo ha decidido. Voy a cumplir los cuarenta y tres... ¡Bah! La naturaleza sólo es un accidente... que me libra de muchas preocupaciones.

BASILISA.- Quiero decir...

SANCHA.- (Cortándola.) Sé lo que quieres decir, Basilisa. ¿Acaso soy sorda?... Aunque perdí la sangre mensual, no creas que perdí el oído.

BASILISA.- Vamos haciéndonos viejas, señora.

SANCHA.- (Tras un largo silencio.) Sí, Basilisa, vamos haciéndonos viejas. **(BASILISA deja escapar una lágrima contenida.)** ¿Por qué lloras, Basilisa? ¿Te asusta la vejez?

BASILISA.- Señora, perdí a mi Gumersindo en Tamarón... Ahora pierdo a mi Troilo en Atapuerca. **(Comienza a lavar los pies de SANCHA en una jofaina.)**

SANCHA.- Que haya descanso eterno para los muertos. La vida sigue su caminar inexorable. Nosotros nada podemos hacer, más que seguir sus pasos. Tus dos hombres fueron bravos soldados... se batieron en fiera lid. Si hay un cielo para los guerreros, allí estarán tu marido y tu hijo, a la diestra de Dios.

BASILISA.- ¡Llévese el diablo los cielos y las guerras!... ¿Quién me calentará ahora en los inviernos?... ¿Quién me cuidará en mi vejez?...

SANCHA.- Basilisa... **(Con cariño protector.)** Nada te faltará.

BASILISA.- Señora, me faltarán mis dos soles. Esos nadie me los restituirá... Ni por todo el oro del mundo.

SANCHA.- No seas desagradecida. Hay muchas otras que están peor que tú y no se quejan.

BASILISA.- No me quejo, señora, de vos. Me quejo del destino... del negro destino que me tocó en suerte.

SANCHA.- (Con ternura.) Vamos, enjuga esas lágrimas, amiga mía... **(Largo silencio, en que sólo se oye el chapoteo del agua bañando los pies de la reina.)** Yo también me encuentro sola... A veces pareciera que siempre estuve sola... ¿Ves? En eso me aventajaste. **(Quitándose la toca y coronando con ella a BASILISA.)** Anda, toma esta toca, tuya es. Y ahora, salgamos a pasear... Nos sentará bien.

BASILISA.- (Secándole los pies.) ¿A estas horas, señora?

SANCHA.- Iremos a oír misa del Alba en Santa María.

BASILISA.- ¿Con este frío?

SANCHA.- Yo estoy ardiendo, Basilisa. Estos sofocos que no me abandonan...

BASILISA.- Pero...

SANCHA.- ¿Qué ocurre, Basilisa? ¿Has perdido la devoción?... ¿O es que te has vuelto haragana con los años?

BASILISA.- (Poniéndole el calzado.) No, señora. Son estos sabañones. Baldadas me tienen las manos hace tiempo. No levanto cabeza.

SANCHA.- Es la vejez, Basilisa; la vejez, como tú bien dijiste.

BASILISA.- No, señora, son los muchos trabajos con las aguas heladas.

SANCHA.- (Levantándose.) ¡No me contradigas, Basilisa!... ¡Ay! Estás tornando quisquillosa con los años. ¿Dónde está aquella alegría y aquellos cantos que no dejabas a sol ni a sombra?... Aturdida me tenías la cabeza. ¿Olvidásente todos?

BASILISA.- Son viejos cantos de esta tierra...

SANCHA.- Viejos serán, aunque no cansan.

BASILISA.- La pena es mala consejera de la memoria... Pero, no os apenéis; si lo deseáis, puedo ir cantando el Santo Rosario hasta el templo.

SANCHA.- Me place, Basilisa. Vayamos caminando por sobre la muralla, que es un grato camino.

BASILISA.- Vayamos, señora.

(Ambas comienzan a caminar sobre la muralla en dirección al templo. BASILISA canturrea las letanías del Rosario, coreada por SANCHÁ. El sol tímido de invierno se levanta para saludarlas.)

BASILISA.- *Santa María...*

SANCHÁ.- *Ora pro nobis.*

BASILISA.- *Santa Dei Genitrix...*

SANCHÁ.- *Ora pro nobis.*

BASILISA.- *Santa Virgo Virginum...*

SANCHÁ.- *Ora pro nobis...* Detengámonos un momento, Basilisa, sobre la Puerta Castillo. **(La voz de BASILISA sigue desgranando las jaculatorias.)** Mira allá lejos las montañas del Norte. Detrás de toda aquella nieve está el mar. Allí, en Asturias, se encontraba Vermudo cuando mataron al infante don García, mi prometido, hace ya tanto tiempo... Allí fue muerto Sancho, mi suegro... **(Para sí.)** Quien a hierro mata, a hierro muere... **(A BASILISA.)** Sigamos.

(Siguen caminando en dirección a Santa María. El Rosario y el sol continúan alzándose sobre las brumas de la madrugada.)

BASILISA.- *Mater purísima...*

SANCHÁ.- *Ora pro nobis.*

BASILISA.- *Mater castísima...*

SANCHÁ.- *Ora pro nobis.*

BASILISA.- *Mater inviolata...*

(Se detienen nuevamente. SANCHÁ mira hacia el interior, contemplando su ciudad. BASILISA mira hacia fuera, al alfoz que vio por última vez alejarse a su marido y a su hijo.)

SANCHÁ.- ¡Qué hermoso este mi cuadrado romano, con sus cuatro puertas mirando a las cuatro partes del mundo!

BASILISA.- ¡Qué triste el campo este invierno!...

SANCHA.- Ni Almanzor pudo acabar con esta belleza.

BASILISA.- Mis dos hombres partieron por entre aquellos chopos...

SANCHA.- Mi padre volvió a levantar estas murallas y a alzar las iglesias caídas.

BASILISA.- No volvieron...

SANCHA.- La ciudad de las torres...

BASILISA.- El campo de batalla.

SANCHA.- Ahora todo esto es mío.

BASILISA.- Todo lo perdí.

(Continúan su paseo. El sol que se alza va bañando de oro los dos cuerpos.)

SANCHA.- La ciudad está creciendo hacia el sur, más allá del mercado.

BASILISA.- Mirad, señora, por allá se allegan los aldeanos. Hoy es cuarta feria. Esos vienen de Tiracenos, con sus paños de seda... Y aquellos otros, de Mancilleros serán, con sus tocinos y cecinas. Ved los de Grulleros con sus grullas y las ruedas que traen los de Roderos...

SANCHA.- Sí, Basilisa, hemos sabido atraer a las gentes. Ahora los tributos vienen de las taifas. No necesitamos gravar a nuestro pueblo.

BASILISA.- *Mater amantísima*... Fernando es un gran rey, señora.

SANCHA.- *Ora pro nobis*. Un gran emperador. Aunque el Papa y el germano Enrique le prohíban usar tal título. **(Riendo.)** Imagínate, Basilisa, a Fernando... No saben con quién toparon. Que pregunten a los sarracenos... **(Complacida.)** He de reconocer, Basilisa, que acabé por hacerme a sus refinadas ideas francas. Al principio parecieron tan extravagantes...

BASILISA.- *Mater venerandis*... ¡Vaya frío de todos los diablos! ¡Quién nos manda salir con este relente!...

SANCHA.- ¿Qué rezongas, Basilisa?... Mira el Torío y el Bernesga abrazando hoy la ciudad con sus brazos de hielo... ¿Qué llevas ahí?

BASILISA.- Son castañas de Indias. Mi remedio para este dolor de huesos.

SANCHA.- Y yo, creyendo que trajinabas con el Santo Rosario...

BASILISA.- Aparejos son ambos contra los males.

SANCHA.- Anda, mujer, no seas descastada y apúrate. Parece que me vino el fresco a la cabeza y no quisiera enfermar. Preciso estar en ese Concilio que va a celebrarse en Coyanza, ahora que volvimos de la toma de Viseu... ¡Ay, Señor! Nuevamente toca corregir y ordenar las costumbres.

BASILISA.- Debisteis salir con vuestra toca. A mí no me hacía falta.

SANCHA.- Tuya es y a callar.

BASILISA.- Sí, señora. Cerca estamos ya de Santa María.

SANCHA.- Quizá encontremos a Fernando. Ya sabes que gusta de frecuentar el templo y acompañar a los clérigos con su recia voz. **(Escuchando.)** ¡No le oyes? ¿No son esos sus cantos?

BASILISA.- Tan sólo escucho este viento del demonio, que no me deja oír otros sonos.

SANCHA.- Sí, seguro que es él. Lleguémonos presto y acabemos con nuestras jaculatorias.

BASILISA.- *Virgo potens...*

SANCHA.- *Ora pro nobis.*

BASILISA.- *Virgo clemens...*

SANCHA.- *Ora pro nobis.*

(La oscuridad se va llevando los rezos y las siluetas de las dos mujeres, que se apresuran con el sonido que se alza majestuoso de las campanas.)

Escena XXII

Cocinas. Consagración San Isidoro

Ajetreo en las cocinas del palacio de León. Hoy es el gran banquete a los notables del reino tras la consagración de San Isidoro el día anterior. El propio FERNANDO, de camarero sirve a clérigos, obispos y abades. SANCHA y sus hijos, al resto de los convidados. BASILISA, ya vieja, pela unas perdices. Canta una de sus canciones populares.

BASILISA.- ¿Qué hay en esa arqueta?

Sal y pimienta.

¿Quién la echó?

El rey y la reina

que por allí pasó.

¿A dónde van?

A matar palomitas al palomar.

(Entra SANCHA, en traje de faena, con una bandeja.)

SANCHA.- Estoy molida, Basilisa. Aprovecharé para sentarme un momento, que en el Paraíso quedan ya pocos asientos.

BASILISA.- ¿Cómo es eso, doña Sancha?

SANCHA.- ¿Te sorprende que el mundo haya envejecido?... La tierra ya vivió mucho y está fatigada... La tierra es mujer, como nosotras. **(Para sí.)** Nuestra madre naturaleza, como decía Siti...

BASILISA.- ¿Cómo decís, señora?

SANCHA.- Nada, nada, Basilisa. Estoy sofocada. ¿A quién se le ocurriría organizar este banquete con los notables el día después de la Consagración de San Isidoro?... Y nosotros como sus servidores... ¡Ay! ¡Qué cosas tenemos que hacer los reyes para ganarnos el cariño de nuestros súbditos!... Ayer nos quitamos las coronas para ofrendarlas al templo y hoy nos ponemos los delantales para servir a sus clérigos... Y esos de ahí fuera, que no tienen medida y ya acabaron con todo... Atiborradas carnes, sabrosos caldos, dulces golosos... ¡Jesús! Se comerán los graneros leoneses y se beberán las bodegas... ¿Para eso tanta lucha contra el infiel?... **(Observa a BASILISA que ya está un poco torpe.)** Casi has perdido tus mañas. Anda, acaba de limpiar esas perdices y luego las pones a guisar.

BASILISA.- (Gruñendo.) Yo soy camarera... No cocinera.

SANCHA.- ¡Ay, Basilisa!, estás hecha un basilisco. ¡Cuanto más vieja, más pelleja!... No sé cómo te aguento. Te vengo acarreado desde Burgos hace ya... Ni me acuerdo. Aguantándote todas tus malas ganas.

BASILISA.- Sancha, no os canséis en porfiar. Somos viejas. Ya pasó la mitad del siglo por encima de nosotras...

SANCHA.- Tienes razón, Basilisa. Discúlpame, amiga mía. Estos afanes trastornan el humor de tu reina... **(De nuevo vehementemente.)** ¿Y a ti te parece que después de estos días agotadores tengamos que preparar los bártulos para marchar a Portugal, a conquistar Coimbra?... ¿Qué se me ha perdido a mí en Coimbra? Mi reino está aquí. Y esto ya lo tengo conquistado... gracias a Dios. **(Evocadora.)** Lo que me agrada es pasar antes por Galicia...

BASILISA.- Cómo me gustaría visitar Compostela...

SANCHA.- Pero, bueno, Basilisa, ¿es que piensas dejarme sola en este trance?

BASILISA.- Qué más quisiera yo, señora, que acompañaros. Pero, estos achaques... Acordaos de orar por mí ante el Apóstol.

SANCHA.- Procuraré no olvidarlo, Basilisa. ¡Quiera Dios que esta cabeza mía me responda para tantos menesteres!... Habrá que aparejar de nuevo la Corte entera con sus bestias, carros, máquinas de guerra, cortejo, impedimenta... En fin, todo sea en nombre de Dios. Amén de la conquista, traeremos también algunas reliquias.

BASILISA.- Las más buscadas y apreciadas son las relacionadas con el Salvador.

SANCHA.- Como es de razón.

BASILISA.- Yo, la verdad es que no acabo de ver razones, sino acaso supersticiones en tales actos.

SANCHA.- ¿Qué dices, mujer? Mira que hablas contra lo sagrado. Que ayer mismo recibimos las Sagradas Reliquias de San Isidoro con gran Solemnidad litúrgica y consagramos el templo que desde ahora albergará sus santos restos. ¿Viste la llegada?

BASILISA.- No, señora, que indispuesta anduve todo el día.

SANCHA.- Téngote dicho que no te afanes tanto. En fin, nunca harásme caso.

BASILISA.- ¿Es Sevilla tan hermosa como cuentan? Oí decir que en sus casas no falta el agua corriente. Imaginaos portento igual.

SANCHA.- Escribió un poeta de los infieles que, si en Sevilla se pidiese leche de pájaro, se encontraría.

(Ambas mujeres se ríen imaginando la situación.)

SANCHA.- Durante el traslado se obraron milagros y prodigios. León a partir de ahora se convertirá en un lugar de peregrinación. Contamos además con la mandíbula de San Juan... Vendrán gentes de todas partes... y eso nos beneficiará a todos, no lo dudes. **(Buscando con la mirada.)** ¿No tendrás por ahí un pedazo de pan que llevarme a la boca para quitarme el hambre? Con tanto ajeteo, aún no probé bocado.

BASILISA.- **(Acercando un pan, del que parte una rebanada para la reina.)** Oí hablar de cientos de pedazos de madera de la cruz... De al menos cuatro coronas de espinas... Y de docenas de esponjas de las que bebió nuestro Señor... **(Con picardía.)** ¿No creéis que si así hubiera sido... más que de cruz, el Señor habría muerto de incontinencia? **(Se ríe de su propia ocurrencia.)**

SANCHA.- ¡Qué sacrilegios dices, mujer! Pareciera que por tu boca hablasen los paganos. Las reliquias son el alma de los edificios que las abrigan.

BASILISA.- **(Continúa desplumando las perdices y va soltando las plumas, que vuelan en torno a las dos mujeres.)** Dicen que en Roma están abriendo las tumbas para repartir pedazos de los Santos entre la Cristiandad.

SANCHA.- **(Masticando su pan.)** La Cristiandad está hambrienta.

BASILISA.- ¿Tanto como para comerse a pedazos a sus abuelos?

SANCHA.- ¿Querrás acabar con esas monsergas? Agotada me tienes con tu cháchara impía. Anda, dame un poco de vino que me tonifique la sangre y me reconforte. Preciso salir ahí fuera de nuevo... a servir a todos esos que vinieron a llenar la andorga.

BASILISA.- Mis parabienes, señora. Como camarera y amiga os felicito. **(Confidencial.)** Estáis haciéndolo muy bien. Si yo tuviera con qué, os tomaba a mi servicio.

(Las dos mujeres ríen y lloran al tiempo, unidas en el abrazo de la amistad. Aparece en la cocina FERNANDO, vestido también en traje de faena, que trae unas jarras de vino vacías.)

FERNANDO.- Preciso más bebida. Estos clérigos no sacian jamás. **(Contempla a las dos mujeres.)** Y tú, Sancha, ahí, mano sobre mano, como si el banquete y a hubiera concluido.

SANCHA.- Esposo, no rezongues y siéntate un momento con nosotras. **(Burlona.)** ¡Válgame... y qué mal te sienta tu oficio de escanciador, aunque por un día sea! **(Ofreciéndole vino.)** Anda, toma tú también un trago de este tinto que calma los humores y apacigua los achaques de la vejez. ¡Ay, quién fuera joven de nuevo!... ¿eh, marido?

FERNANDO.- Llevas razón de nuevo, Sancha. Como siempre, llevas razón. **(Cariñoso.)** Y no te apures, que tú sigues siendo joven en tu corazón. En cambio yo... yo estoy hecho un matusalén. Mírame aquí... sin mi manto y mi corona tal parezco uno de esos fámulos leoneses que trabajo tendrían para encontrar acogida en cualquier hogar... ¿Dónde fue a parar aquella serpiente que siembra el pánico en el corazón de los infieles?... ¿Vístela tú por estas cocinas?

(Ríen con la ocurrencia.)

SANCHA.- ¿Estás contento, marido?

FERNANDO.- (Complacido.) Hemos creado los más ricos talleres de marfiles, orfebrería, telares, códices miniados... No se han mirado los dineros, que ahora llegan a manos llenas de las parias moras. Pero, sobre todo, hemos logrado para nuestra iglesia el más bello ornato: al luminar de la sabiduría, al Doctor de toda la Hispania... Sólo empaña mi alegría una cosa...

SANCHA.- (Sombría.) Sancho... el primogénito...

FERNANDO.- (Asintiendo.) Ayer, en la Curia Regia, cuando fueron expuestas mis disposiciones sobre el reparto del reino, Sancho entró en cólera y abandonó no sólo la Curia, sino el reino mismo. Hoy ni siquiera apareció en este banquete.

SANCHA.- ¡Ay, Fernando! Ya te advertí que esa división traería problemas. Quiera Dios que no llegue la sangre al río... Y que los hermanos acaben aviniéndose fraternalmente.

FERNANDO.- No sé, Sancha. Ahora dudo si hice bien. Yo me limité a imitar a mi padre hace treinta años.

SANCHA.- Ya salió de nuevo tu padre... En fin, marido. Que Dios nos ayude y dirima en este pleito... Y ahora, querría pedirte una gracia. (FERNANDO **asiente.**) Como broche de nuestra obra, ¿no te parecería hermoso edificar, conjunto a la iglesia, un panteón que albergase nuestros restos y los de nuestros descendientes?

FERNANDO.- Hoy no puedo negarte nada, esposa. Sea ese panteón tuyo...

SANCHA.- Mío de inspiración, Fernando... Tuyo de mandato.

FERNANDO.- Bueno, bueno, dejémonos de charla sobre la otra vida, que ahí fuera aguardan los caldos que confortan en esta...

(FERNANDO, de nuevo revestido de su hábito de escanciador, se dispone a servir a los poderes terrenales, para mayor gloria de Dios.)

Escena XXIII

Muerte de Fernando

La corte toda, clérigos y notables, rodean en semicírculo el cuerpo yacente de FERNANDO, revestido de su manto y las insignias reales. Suena el Miserere Mozárabe. FERNANDO delira, presa de las fiebres tifoideas.

FERNANDO.- ¿Qué son estas humedades infectadas de peces y de aves?... Hoy no salió en sol en Valencia... Permanece oculto para ahorrarse los horrores de la batalla... ¡Tan lejos León!... (**Intentando incorporarse.**) Mirad a la cabeza el emir... avanzando con gran muchedumbre... sonando chirimías... (**Sonríe a duras penas con el recuerdo.**) Figurándose que las lanzas reparten besos y las espadas guiños de amor... Turba inexperta y despreocupada... Miradles, marchando como perdiz en rastrojo... contoneo de cintura y nalgatorio... Tal parecen de romería... (**Se agita, febril.**) He muerto y a tantas veces...

(SANCHA, preocupada, habla con NUÑO ÁLVAREZ.)

SANCHA.- ¿Le administraron, Nuño, la tisana de jaramago amargo para las fiebres?

NUÑO.- Sí, señora, pero la enfermedad no remitió.

SANCHA.- ¿No se trata de tercianas?

NUÑO.- Es un tifus grave, con delirio y postración.

SANCHA.- Costras negras aparecieron en su boca y petequías en la piel.

NUÑO.- Debió cogerlo bebiendo aguas contaminadas con heces.

SANCHA.- Sería en aquellos terrenos pantanosos que llaman albufera, donde los infieles cultivan el arroz y los gorgojos.

NUÑO.- Pidió cálamo y papel.

SANCHA.- ¿Se lo diste?... Valiente delirio. **(Silencio denso.)** Bien conoces, Nuño, que Fernando no sabe escribir. **(Mirándole con ternura.)** Un rey está para guerrear. Para escribir están los clérigos.

(Sube de volumen el Miserere. A duras penas, FERNANDO se desprende de su manto real, trocándolo por un cilicio, mientras se encomienda a Dios.)

FERNANDO.- Vuestro es el poder, Señor, vuestro es el reino. Vos sois sobre todos los reyes, y todos los imperios del cielo y la tierra están sujetos a Vos. Yo os devuelvo, pues, el que de Vos he recibido y que he conservado todo el tiempo que ha sido vuestra divina voluntad. Ruégoos, Señor, os dignéis sacar mi alma de los abismos de este mundo y recibirla en vuestro seno. Amén.

(Los clérigos y notables esparcen ceniza sobre el cuerpo del rey, que va cayendo como una nevada gris y polvorienta, al tiempo que se desgranán las letanías de Difuntos, encabezados por el obispo CIPRIANO.)

CIPRIANO.- Esto dice el Señor: Dispón de tu casa, porque vas a morir.

CORO.- Moriré, oh Señor, con entera conformidad.

Moriré en odio de mí mismo.

Moriré por motivo de humildad.

Moriré por amor.

CIPRIANO.- Sal, alma cristiana de este mundo.

Hoy mismo será la morada en la Santa Sión,
donde habita tu Dios y Señor.

CORO.- ¿Por qué estás triste, alma mía?

¿Por qué te conturbas?

CIPRIANO.- Bienaventurado el siervo a quien,

cuando venga el Señor, le hallare preparado.

(La ceniza continúa cayendo lenta pero inexorablemente sobre el cuerpo regio.)

NUÑO.- Un aroma de muerte alcanza a escapar de mi amigo y señor...

SANCHA.- Un monarca que agotó su tiempo.

NUÑO.- Las arcas llenas y los corazones dolientes.

SANCHA.- La viuda excluida del linaje de su marido...

NUÑO.- El Paraíso es un jardín amurallado de doce puertas.

SANCHA.- El Infierno, una profunda y oscura cisterna...

(Las letanías vuelven a inundar el templo.)

CIPRIANO.- Cuando mis pies, perdiendo su movimiento,

me adviertan que mi carrera está próxima a su fin...

CORO.- Tened compasión de mí.

CIPRIANO.- Cuando mis manos, trémulas y entorpecidas,
caigan sobre el lecho del dolor...

CORO.- Tened compasión de mí.

CIPRIANO.- Cuando mis ojos vidriados y desencajados...

**(Las voces de los presentes se van sumando progresivamente al
CORO.)**

CORO.- Cuando mis labios fríos y convulsos...

Cuando mi cara pálida y amoratada...

Cuando mis oídos cerrados a las conversaciones...

Cuando mi imaginación, agitada de horrendos fantasmas...

Cuando mi corazón débil oprimido por el dolor...

Cuando derrame las últimas lágrimas...

Cuando mis deudos se estremezcan...

Cuando el mundo desaparezca de mi vista...

Cuando mi alma salga para siempre de este mundo...

**(FERNANDO yace bajo un montón de cenizas. El polvo ha vuelto
al polvo. El Miserere crece como una ola, convirtiéndose ahora en
el único dueño del paisaje.)**

Escena XXIV

Muerte de Sancha

En su lecho de muerte, con CIPRIANO, obispo de León.

SANCHA.- ¿Qué día es hoy, Cipriano?

CIPRIANO.- Seis de Noviembre, señora.

SANCHA.- Seis de Noviembre... ¿Sabes si prepararon ya los aparejos de la matanza?

CIPRIANO.- Sí, mi reina. Falta menos de una semana para San Martín.

SANCHA.- Qué hiriente era su grito... Cómo renacía todo cada matanza. Cuando yo era joven... **(Habla con dificultad.)** En Noviembre el aire era húmedo... llenaba los pulmones como una caricia... **(Se ahoga.)**

CIPRIANO.- Por Dios, señora, no os sofoquéis. ¿Deseáis alguna cosa? ¿Queréis que llame al galeno?

SANCHA.- ¿Hay ya naranjas? ... Me gustaría tanto comer una dulce naranja traída de tierra de moros... sentir su zumo bañando mi garganta seca...

CIPRIANO.- Me place escucharos, señora. Coméis demasiado frugalmente... Estáis perdiendo mucha sangre. Mandaré llamar...

SANCHA.- No, Cipriano, esos placeres ya no me pertenecen. Tu reina está más cerca de allá arriba que de este mundo de ambrosías... O tal vez de allá abajo... ¿quién sabe?... Ahora mis naranjas son más amargas... Más ácidas... Me encuentro hastiada del sufrimiento... y de la vida...

CIPRIANO.- El apio tiene la virtud de vencer ese oscuro mal que es la tristeza.

SANCHA.- No es tristeza, Cipriano... es vejez...

CIPRIANO.- También se dice: Si quieres alejar la vejez, sé amigo de la achicoria y la salvia...

SANCHA.- **(Divertida a pesar de su debilidad.)** No sabía que fueses tan avisado de las plantas y de sus remedios... ¿No os está prohibido a los clérigos cultivar en vuestros jardines esas plantas «impías» de la «eterna juventud»?... Ay, Cipriano, siempre serás mi obispo predilecto.

CIPRIANO.- Hace tiempo, señora, que dejé de ocupar tal cargo. La vejez, como vos decís.

SANCHA.- Dejemos la botánica y los achaques... Hablemos de los asuntos del otro lado, que tú tan bien conoces. ¿Qué día del santoral es?

CIPRIANO.- Hoy es San Leonardo.

SANCHA.- Un hombre santo... San Leonardo... Otro león... Como yo...

CIPRIANO.- Un santo de hace cinco siglos.

SANCHA.- Cinco siglos... ¡Cuánto tiempo! ¿Qué será de nosotros, Cipriano dentro de otros cinco... o diez?... ¿Crees que alguien nos recordará?...

CIPRIANO.- Las grandes obras son el tesoro de la humanidad. Mi reina Sancha será siempre una de las más valiosas joyas...

SANCHA.- Déjate de cumplidos, Cipriano. Me estoy muriendo, pero aún conservo el sentido de la medida. Ya me alabarás mañana. Y pasado podrás olvidarme. Ahora, háblame de Leonardo.

CIPRIANO.- Era el siglo sexto cuando Leonardo, acompañando al franco Clodoveo, derrotó a los romanos, convirtiéndose al Cristianismo...

SANCHA.- Vamos, Cipriano. No tengo mucho tiempo. Dejémonos de crónicas interminables. Háblame de su muerte. Tal vez me sea útil en estos momentos. Quiero saber cómo murió un hombre santo... Yo...
(Tose.)

CIPRIANO.- ¿Queréis, señora, recibir al Altísimo?

SANCHA.- No, Cipriano, tan sólo deseo recibir a la Muerte.

CIPRIANO.- Por Dios, no blasfeméis en el último momento. Vuestra alma podría perderse por un raptó de ofuscación.

(SANCHA, intentando reír, tose y respira con dificultad. Parece que va a ahogarse.)

CIPRIANO.- Voy a buscar ayuda. **(Sale precipitadamente.)**

SANCHA.- No, no me dejaré vencer en esta última batalla contra las tinieblas.

(Intenta levantarse con dificultad.)

¿Dónde está la luna?... ¡Traedme la luna! ¡Os lo ordeno!... Os lo suplica vuestra reina...

(Deambula febril.)

La corona se me clava en las sienes... en el tuétano de mis recuerdos... y me hace sangrar lágrimas. La corona es demasiado pesada... Claro, por eso mis galenos la retiran de mis sienes doloridas y la reparten entre mis hijos... mis pobres hijos... ¡Mis fieros hijos, amamantados con la sangre de una fiera!...

(Sombría.)

Veo avanzar la muerte con su sonrisa desdentada... ¡Se ríe de mí, lo sé!... No... Se ríe de ella, de aquella que fui, de la Sancha ambiciosa que quiso conquistar la eternidad.

(Se ríe.)

... Y no consiguió al fin más que ser una vieja reina destronada. ¡Valiente botín!... Una reina tan sólo de estos corredores tan helados como mi corazón.

(Con decisión.)

No, no me arrepiento de nada. Ni de mi vida ni de mis muertes. No me asusta la vida eterna.

(Con desconcierto.)

¿Por qué estoy asustada?... El miedo me impide dormir.

(Sorprendida de su lucidez.)

Aquesto del miedo es nuevo... Temo por mis vástagos. Temo por mis hijos... Sancho, Alfonso y Urraca han nacido para reinar. El mayor, con la fuerza... los otros dos, con la astucia. No, no van a conformarse cada uno con un pedazo de tierra... Habrá luchas y muertes... El vino y la sangre correrán generosos y en sus charcos resbalarán los perros...

(Clamando.)

¡No puedo morir!... Mientras viva, el reino se mantendrá tranquilo. Estos dos años las luchas han sido sordas... Ellos y yo sabemos que, en cuanto muera, el enfrentamiento estallará. Nadie puede ignorar que tales sucesos han ocurrido desde el comienzo del mundo... Nunca hubo paz en reino compartido.

(Llamando.)

Aya... tengo miedo. Oigo el clamor de la sangre fraterna, revolviéndose bajo la tierra. Ven y llévame contigo a las cocinas de tu cielo... o de tu infierno. Pero, llévame en tus brazos blancos de leche.

(La ropa de uno de los monjes cae al suelo y debajo aparece el espectro de SITI, que la acaricia amorosa.)

Y cántame, cántame, tú, Basilisa, para acallar con tus cantos el funesto reloj de mi corazón.

(Bajo otro de los monjes aparece el espectro de BASILISA.)

Estúpidamente pienso que si estoy en compañía la muerte no me alcanzará...

(SANCHA ríe nerviosa.)

¡Haced callad a ese gato! Retorcedle el pescuezo si hace falta... acabad de una vez con este llanto imparable, inconsolable...

(Se muestra el espectro de VERMUDO.)

Siti, se enfría la leche de tus pechos... ¡Se enfrían mis manos, Basilisa!... los vidrios de mis ojos... hasta estas lágrimas que vierto por vez primera...

(Surge el espectro de URRACA.)

Estas aguas heladas de Noviembre que no reconozco... que abandonan mis cuencas, oscuras como boca de lobo.

(Entra el espectro de FERNANDO.)

Tengo miedo. Tengo miedo al miedo ... Dejarme que deje de ser al fin la reina prudente, la reina perfecta que nunca fui.

(Entra el espectro de la propia SANCHA.)

Quiero matar a la reina para que viva Sancha, la mujer que alguna vez me habitó... Una legión de ratas devora mi corona... ¡Traedme jugo de zarzamoras para alejarlas!... ¡Presto!

(Con risa desasosegada.)

¿O será que la perdí?...

(Confusa al contemplar a sus fantasmas familiares, se dirige a ellos.)

Ayudadme a encontrarla... No soy nadie sin ella... Sólo un terror agrio y espeso... un horror coagulado que ciega mis sentidos... que me disuelve en una nada punzante... en un hedor vertiginoso... ¡Que el mundo continúe sin mí!

(Con recobrada autoridad.)

Dadme mi caballo, mi loriga, mi lanza...

(Suplicando.)

Dadle el reposo a estos mis cansados huesos... Dadme la paz.

(Su espectro intenta confortarla, conduciéndola al sepulcro, donde SANCHÁ se deja llevar mansamente.)

VOZ DE LA NIÑA.- (Cantando.)

San Serenín del monte, San Serenín cortés.

Yo, como soy cristiana, yo me tumbaré.

(SANCHÁ se tumba en el lecho. Las tinieblas van invadiendo su cuerpo, que se deja ir, por primera vez sumiso. En su rostro, tal vez se dibuja una sonrisa. Entra CIPRIANO, quien cerrando piadosamente los ojos de SANCHÁ, certifica su muerte.)

CIPRIANO.- Sancha... *In nomine dei.*

FIN